

VIRGINIDAD DE MARÍA Y VIRGINIDAD DE LA IGLESIA EN SAN AGUSTÍN

P. Helizandro Terán, osa*

Abstract:

Mary is virgin in the integrity and fullness of this notion (referring to both realities, physical and spiritual virginity). Such notion of virginity finds its meaning and sense on Scripture, such as Saint Agustin sustains. The virginal integrity of Mary, according to Agustin, is a mystery that can only take refuge in the scope of faith, placing the last reason of this notion on the same Christ that chooses a worthy mother, according to his person and mission. On the other hand, the Church, like Mary, is also defined as virgin. Agustin finds its virginity as guardian of the faith in Christ. It is a virginity understood in both senses: spiritual and doctrinal, and translated into a personal bond between the Church and Christ. This virginity of the Church finds its concrete accomplishment in the virginity of the faithful, which reaches its meaning in each individual Christian, as member of the Church, with an attitude of total adhesion towards God's life in everyday service.

Key words: *Mary, virgin, mother, faith, virginity, Saint Agustin, physical virginity, spiritual virginity, church, virtues, doctrine.*

*El Prof. Dr. **Helizandro Terán** es religioso agustino. Es Licenciado en Educación Integral por la Universidad Cecilio Acosta (Maracaibo) en 1996 y Licenciado en Teología Dogmática por la Pontificia Universidad Gregoriana (Roma) en 1998. Después de algunos años dedicados a la enseñanza de la teología en el ITER, y al trabajo en el área de la educación en el Colegio San Agustín de Caricuao (Caracas), adquiere el Doctorado en Teología Dogmática en la Pontificia Universidad Gregoriana (Roma) en el 2005. En la actualidad es profesor de la facultad de teología de la Universidad Católica Andrés Bello (Caracas), tanto a nivel de pregrado como de postgrado en el área de la Antropología Teológica y Teología Fundamental y Sacramental. Así mismo se desempeña como Rector del Colegio San Agustín de Caricuao (Caracas).

La virgindad de María y la virgindad de la Iglesia son dos temas que S. Agustín trata con verdadera pasión en sus obras. Para el santo de Hipona la virgindad fecunda de María, que equivale a decir su maternidad virginal, es un misterio grande y profundo que se sitúa más allá de toda posibilidad de explicación por parte del intelecto humano:

“Todo esto causa impresión y es maravilloso tan sólo porque es más difícil de explicar de lo que los hombres pueden ver o decir. Tales causas son dignas de admiración cuando su explicación se oculta o cuando la cosa es extraordinaria por ser singular o por ser rara. Por ese motivo de una explicación muy oculta, y respondiendo a los que niegan que se ha de creer que una virgen haya parido a Cristo permaneciendo virgen, dije en esta carta que mencionas a ver leído: «Si hallas una razón, ya no será maravilloso». Dije eso no porque el acontecimiento carezca de razón, sino porque esa razón la ocultó Dios a los hombres, a fin de que el acontecimiento fuese para ellos maravilloso”¹.

Este misterio de la virgindad fecunda de María se constituye, por tanto, para todo cristiano en una verdadera *regula fidei*:

“La virgen madre nos dejó una prueba de la majestad de su hijo; tan virgen fue después de parirlo como antes de concebirlo; su esposo la encontró embarazada, no la dejó embarazada él; embarazada de varón, mas no por obra de varón; tanto más feliz y digna de admiración cuanto que, sin perder la integridad, se le añadió la fecundidad”².

Pero María es también la Virgen que emerge como preanuncio y realidad ejemplarizante para la Iglesia. María proyecta su misterio de ser virgen y madre hacia lo que será también la Iglesia: virgen y madre; así lo expone el santo:

“Es el más hermoso de los hijos de los hombres, hijo de Santa María, esposo de la santa Iglesia, a la que hizo semejante a su madre. En efecto, para nosotros la hizo madre y para sí la conservó virgen [...] También la Iglesia como María, goza de perenne integridad virginal y de incorrupta fecundidad”³.

¹ Cf. *Ep.*, 162,6; CSEL 44,517.

² Cf. *Serm.*, 184,1; PL 38,996.

³ Cf. *Serm.*, 195,2; PL 38,1018.

De esta manera, tanto María como la Iglesia gozan del privilegio de ser vírgenes; la naturaleza y el modo en que se evidencia la virginidad tanto de María como de la Iglesia, según la perspectiva del hiponense, es el planteamiento general a tratar en el siguiente artículo.

1. María la virgen

Toda la atención que S. Agustín confiere a María está marcada por un interés absolutamente cristológico⁴; todas las prerrogativas de María encuentran su razón de ser sólo desde la función que María cumplirá al interno de la obra de salvación, la de ser la madre de Cristo, el Hijo unigénito de Dios.

Para S. Agustín la Virgen María entra en el plan divino de salvación como la mujer escogida, predestinada, por Dios para que a través de Ella el Verbo Eterno se hiciera hombre entre nosotros:

“Antes de que ella naciese (María), la conoce (Jesús) como madre en su predestinación. Antes que El, como Dios, diese el ser a aquella de la que El lo había de recibir como hombre, ya la conoce como madre [...] El es el Señor de María y El ha recibido el ser de María”⁵.

La predestinación de María, en virtud de su maternidad divina, es pues el punto de partida del obispo de Hipona, para iniciar su discurso en torno a la virginidad perpetua de María:

“Una vez que Dios se dignó ser hombre, convenía que naciera así. Así la hizo a Ella quien por ella fue hecho. Antes de ser hecho, ya existía, y, puesto que era omnipotente, pudo ser hecho permaneciendo lo que era. Estando junto al Padre, se hizo una madre, y una vez hecho de la madre, permaneció en el Padre”⁶.

⁴ Cf. D. Doyle, «Mary, mother of God», 542: «Augustine's interest in the maternity of Mary is essentially christological; it is to understanding Christ's full humanity and full divinity». Cf. M. O'Carroll, «Augustine St. Doctor of the Church», 63: «His doctrine (about Mary), subtle and profound if not far-reaching, gains from his Christo-centric outlook and from his lively sense of the Church».

⁵ Cf. *Io. Eu. Tr.*, 8,9 ; CCL 36,88.

⁶ Cf. *Serm.*, 186,1; PL 38,999.

La virgindad de María entra así en el gran proyecto salvífico de Dios; sólo desde la fe podrá acogerse el significado de esta virgindad fecunda de María⁷.

Ella será la Virgen-Madre destinada a dar una naturaleza humana a Cristo; pero además de dar su carne al Verbo eterno, María es también, escogida por Dios para restaurar la vida y la salvación que el género humano había perdido a causa de Eva.

La virgindad de María encuentra su fundamento, según el santo obispo, en la misma Escritura, a la cual todo cristiano debe dar crédito:

*“Creemos, por tanto, que Cristo nació de la virgen María, porque así está escrito en el evangelio; creemos que fue crucificado y que murió, porque así está escrito en el evangelio; creemos que nació y murió en verdad porque el evangelio es la verdad”*⁸.

Por tanto la virgindad de María no es una verdad inventada, sino una verdad revelada en el Evangelio; es tan verdadero el Evangelio cuando testimonia la muerte de Jesús, que cuando narra su concepción y nacimiento virginal por parte de María. Por ello agrega el santo obispo:

*“Pues ¿cómo podríamos proclamar en la regla de fe que creemos en el Hijo de Dios, nacido de María virgen, si quien nació de ella no era el hijo de Dios, sino un hijo de hombre? ¿Qué cristiano negará que de aquella mujer nació un hijo de hombre? Pero, eso sí, ese hombre era Dios hecho hombre, modo por el que el hombre se hizo Dios [...] Por consiguiente hay que confesar lo siguiente: el que era hijo de Dios, para nacer de la virgen María, se hizo hijo del hombre, asumiendo la forma de siervo; continuó siendo lo que era y asumió lo que no era; en cuanto es menor que el Padre, comenzó a existir, y, en cuanto son una sola cosa el Padre y Él, permanece desde siempre”*⁹.

S. Agustín ve de esta manera que la virgindad fecunda de María es un

⁷ Cf. *Io. Eu. Tr.*, 91,3 ; CCL 36,554: «Pero más que todos los milagros es haber nacido de una virgen, y solamente El pudo conservar la integridad de la madre tanto al ser concebido como al nacer ; mas eso no fue hecho ni ellos ni a su vista».

⁸ Cf. *C. Faust.*, 26,8; CSEL 25/1,736.

⁹ Cf. *Serm.*, 186,2; PL 38,1000.

misterio que sólo puede ser percibido a través de la fe:

“¿Quién podrá comprender esta novedad nueva, inaudita, única en el mundo, increíble, y de forma increíble creída en el mundo, a saber, que una virgen concibiera y una virgen pariera y permaneciera siendo virgen? Lo que la razón humana no comprende, lo percibe la fe, y donde la razón humana desfallece, hace progresos la fe”¹⁰.

La Iglesia se gloria de profesar esta realidad de la virginidad de María, ya que ésta imita a María en su virginidad fecunda:

“No es lícito decir que faltase algo a la naturaleza humana en aquella encarnación, pero sí que tomó la naturaleza libre en absoluto de toda sujeción a pecado; no como nace de ambos sexos por la concupiscencia de la carne, con obligación de contraer el pecado, cuyo reato se borra por la regeneración; sino de una virgen, cual convenía que naciese aquel a quien había concebido no la concupiscencia, sino la fe de su madre; puesto que si, al nacer El, se hubiese violado su integridad, ya no habría nacido de una virgen, y entonces sería falso -muy lejos de nosotros tal blasfemia- que El hubiese nacido de María Virgen, como confiesa toda la Iglesia, quien a imitación de la madre de Cristo, siendo virgen, engendra cada día nuevos miembros de Cristo”¹¹.

Absolutamente convencido del matiz soteriológico que encierra las prerrogativas y dones de la Virgen, S. Agustín termina colocando la razón última de la virginidad de María en Cristo mismo, que escoge a una madre digna y a tono con su persona y misión:

“En efecto, de ningún modo quitó, al nacer, el hijo todopoderoso la virginidad de su madre, elegida por él [...] Así pues la Iglesia, virgen santa, celebra hoy el parto de la virgen [...] La virginidad que Cristo pensaba abrigar en el corazón de su Iglesia la anticipó en el cuerpo de María”¹².

Los diversos aspectos o dimensiones de esta virginidad de María es lo que a continuación vamos a profundizar.

¹⁰ Cf. *Serm.*, 190,2; PL 38,1008.

¹¹ Cf. *Ench.*, 34,10; CCL 46,69.

¹² Cf. *Serm.*, 188,4; PL 38, 1004-1005.

1.1 *El voto de virginitad*

Una nota característica de la doctrina agustiniana sobre la virginitad de María, es la afirmación que hace el santo del voto de virginitad formulado por la Virgen. El obispo de Hipona sostiene categóricamente el hecho que María haya ofrecido su virginitad¹³ al Señor, de forma libre y espontánea, como un verdadero acto de amor hacia Dios, mucho antes de la Encarnación del Verbo; tal ofrecimiento de María a Dios se concretiza en su llamado voto de virginitad.

El hiponense no es el primer autor que habla sobre el voto de virginitad de María, sino que hay ya toda una tradición precedente a él; tenemos, por ejemplo, como en oriente ya S. Gregorio de Nisa había hecho referencia al mismo¹⁴, y en occidente S. Ambrosio utilizó el término «votum» para referirse a la consagración virginal de María¹⁵. Sin embargo lo que no podemos negar es que S. Agustín es el padre que formuló de manera clara y explícita la doctrina sobre el «voto de virginitad de María»¹⁶, determinando así toda la reflexión posterior en torno a este punto¹⁷.

El interrogante fundamental es: ¿de dónde deduce S. Agustín que María haya podido hacer este voto? El santo ve la prueba de la existencia de este voto hecho por María en el texto de Lc 1,34: "*María dijo al Ángel: ¿cómo sucederá esto?, porque no conozco varón*", a partir de este texto nuestro autor deduce que María ha consagrado a Dios su virginitad a través de un voto. Tal consagración a Dios es libre, sin coacción de ninguna índole o imposición

¹³ Cf. L. Vicario, «Note sul De Sancta Virginitate», 220-221: «Verginità, per Agostino, è lo stato di vita che comporta necessariamente l'integrità fisica. Essa ne è la prima realtà: "La verginità della carne è il corpo intatto" (*En. in Ps. CXLVII*, 10). Affermando che non è l'età che fa la vergine, ma l'integrità [...] Ogni verginità evangelica, per Agostino, è tale perché è consacrata non perché è integrità fisica, ma quella non è possibile senza di questa. La consacrazione specifica rende presente il voto, e il voto rende presente e reale la possibilità venutaci con la Redenzione».

¹⁴ Cf. *Orat. in diem Nat. Chris.*, PG 46, 1140-1141.

¹⁵ Cf. *De Vid.*, 4,25; PL 16,242. Para ampliar este punto cf. Ch. W. NEWMANN, *The Virgin Mary in the Works of Saint Ambrose*, 100-102.

¹⁶ Cf. P. Friedrich, *Die Mariologie des hl. Augustinus*, 108: «Kein kirchlicher Schriftsteller vor Augustin hat die Tatsächlichkeit von Marias Keuscheitsgelübde so entschieden betont, als eben der grosse Bischof von Hippo».

¹⁷ Cf. J. Craghan, *Mary: The virginal wife and the married virgin*, 141: «It is only with St. Augustine (354-430) that this teaching (Mary's vow) is explicitly and unequivocally

alguna; su consagración virginal a Dios es anterior al designio divino de convertirse en madre del salvador; así lo precisa el santo por medio de las siguientes palabras:

“Su virginidad es también más grata y bien amable porque Cristo no la apartó, una vez concebido, de la posible violación del varón para conservarla, sino que antes de ser concebido la eligió para nacer de ella cuando ya la tenía consagrada a Dios. Así lo indican las palabras que María respondió al ángel que le anunciaba su concepción: *¿Cómo se podrá hacer esto -dijo-, si no conozco varón?* Y ciertamente no lo hubiera dicho si antes no tuviera consagrada su virginidad a Dios. Más como las costumbres de los israelitas rechazaban todavía esto, fue desposada con un varón justo, que, lejos de alejarla violentamente, había de custodiar contra toda violencia su voto. Y aunque solamente hubiera dicho: *Y cómo podrá hacerse esto*, sin añadir *porque no conozco varón*, estaría igualmente claro, pues ciertamente no iba a preguntar cómo una mujer había de dar a luz a un hijo prometido si es que se hubiera casado con la intención de usar del matrimonio. Pudo también haber recibido orden de permanecer virgen para que el Hijo de Dios tomase en ella la forma de siervo por un apropiado milagro. Pero consagró su virginidad a Dios aun antes de saber que había de concebir, para servir de ejemplo a las futuras santas vírgenes y para que no estimaran que sólo debía permanecer virgen la que hubiera merecido concebir sin el carnal concúbito. Imitó así la vida celeste en el cuerpo mortal por medio del voto y sin estar obligada; lo hizo por elección de amor y no por obligación de servidumbre”¹⁸.

Y en uno de sus sermones el africano vuelve a retomar las palabras de María al ángel como prueba de su voto de virginidad:

“*En cambio santa María dijo: ¿Cómo sucederá eso, pues no conozco varón? Reconoced aquí el propósito de la Virgen. Si tuviese pensado yacer con varón, ¿hubiese dicho: «Cómo sucederá eso», en el caso de nacer su hijo como suelen nacer los demás niños? Pero ella se acordaba*

formulated and so authoritatively presented that it determined the ensuing tradition. Just as Augustine pioneered in the theology of grace, he likewise inaugurated a new vogue with the vow interpretation, although the latter, to be sure, claims far less originality and profundity than the great synthesis on grace».

¹⁸Cf. *Virg.*, 4; CSEL 41,239.

de su propósito era consciente de su voto"¹⁹.

La convicción, pues, de un voto de virginidad por parte de María a raíz de la lectura de Lc 1,34, aparece en la mente de S. Agustín como una proposición innegable²⁰ por evidente: «Cuando el ángel le dio el anuncio, dijo: *¿Cómo puede ser esto, si no conozco varón?* Si hubiese tenido intención de conocerlo, no le hubiese causado extrañeza. Tal extrañeza es la prueba de su propósito»²¹.

S. Agustín deja muy clara la situación de María ante el anuncio del ángel: María había hecho un voto de virginidad al Señor, dicho voto fue acogido por Dios, ahora se le anuncia el ser madre, como algo también querido por Dios; María no pone en duda tal acontecimiento de una maternidad virginal lo que pregunta es el modo en cómo eso será posible: «Me anuncias un hijo, tienes mi voluntad, dime el modo»²², María recibe la explicación de este acontecimiento maravilloso a través de las palabras del ángel que el africano presenta así:

*“¿Cómo puede ser esto si no conozco varón? ¿Cómo puede ser? Y el ángel le responde: El Espíritu Santo descenderá sobre ti. He aquí cómo sucederá lo que preguntas: Y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por tanto, lo que nazca de ti será santo y se llamará Hijo de Dios. Y bien dijo: Te cubrirá con su sombra, para que tu virginidad no experimente el ardor de la concupiscencia”*²³.

En otro texto el obispo toma las palabras del ángel y le explica a María el modo en como esta maternidad virginal será posible en ella: «Oye cómo: quedará

¹⁹ *Serm.*, 291,5; PL 38,1318.

²⁰ Esta doctrina agustiniana en torno al voto de virginidad efectuado por María dejará una huella profunda en la teología venidera, en especial al momento de hacer la exégesis de Lc 1,34; tal planteamiento agustiniano tuvo gran recepción entres los autores medievales; cf. J. M. Leonet, «Maria virgo perpetua», 257: «Su doctrina (la doctrina agustiniana sobre el voto de María) es aceptada por san Beda, Eadmero, Hugo de san Víctor, san Bernardo. Será doctrina común a partir del siglo XII. [...] Pedro Lombardo proponía para el voto de María la siguiente condición: *Nisi Deus aliter iuberet* (Sent.4,30), apoyado en la autoridad de S. Agustín [...] En la *Summa Theologica* (Sto. Tomás) se limita acitar un texto del *De Sancta Virginitate*, sin hacer referencia a esta condición (la indicada por Lombardo). Con ello la posición agustiniana es considerada como la tradicional».

²¹ Cf. *Serm.*, 225,2; PL 38,1097.

²² Cf. *Serm.* 291,5; PL 38,1319.

²³ Cf. *Serm.*, 225,2; PL 38,1097.

la virginidad, tú solamente cree en la verdad, guarda la virginidad, recibe la integridad. Porque es íntegra tu fe, intacta permanecerá también tu integridad»²⁴.

El voto de virginidad de María representa, así, para el doctor de la gracia una ofrenda sagrada, por medio de la cual María escoge ser toda para Dios:

“Por ello, Cristo al nacer de una virgen prefirió aprobar a imponer la santa virginidad en una virgen que, aun antes de saber quién había de nacer de ella, había ya determinado permanecer virgen. Y así quiso que fuese libre la virginidad hasta en la mujer en la que El tomó forma de siervo”²⁵.

Es, su voto de virginidad, una muestra de un amor libre que elige a Dios como su única razón vital²⁶; es un don santo del cuerpo y del alma para vivir la relación de un amor profundo en las manos de Dios mismo; tal consagración a Dios se convierte así en el fundamento de su virginidad; pero esta gracia de consagrar su virginidad ha sido también un don recibido por María de parte de Dios:

“¿Qué eres tú que vas a dar a luz? ¿Cómo lo has merecido? ¿De quién lo recibiste? ¿Cómo vas a formarse en ti quien te hizo? ¿De dónde, repito te ha llegado tan gran bien? Eres virgen, eres santa, has hecho un voto; pero es muy grande lo que has merecido; mejor lo que has recibido”²⁷.

Para el obispo africano la virginidad de María no queda sólo reducida a una dimensión fisiológica, sino que alcanza la integridad de la fe. Si bien la virginidad física es una consagración a Dios, la misma encuentra su asidero en el corazón; la virginidad conlleva un corazón que cree y se abandona absolutamente en su Señor, un corazón que se sabe amar, que se entrega en amor a los otros, que sabe darse y ofrecerse íntegramente a Dios, y sobre todo

²⁴ Cf. *Serm.*, 291,5; PL 38,1319.

²⁵ Cf. *Virg.*, 4; CSEL 41,239.

²⁶ Cf. B. Gherardini, *Dignitas Terrae*, 164: «Sant'Agostino accentua poi una delle condizioni che, essendo del voto una premessa imprescindibile, assicura al gesto di Maria tutta la validità morale del voto stesso: la libertà. O meglio “una libera scelta d'amore”, perché un gesto come quello può nascere “non da una necessità schiavizzante” ma solo da un cuore che arda d'amore per Dio».

²⁷ Cf. *Serm.*, 291,6; PL 38,1319.

un corazón que vive de la esperanza. Por tanto, en palabras del mismo santo, hay en María una virginidad del cuerpo pero también una virginidad del alma o del corazón, que es configurada desde la integridad de la fe, la caridad y la esperanza:

“¿Cuál es la virginidad del alma o de la mente? Una fe íntegra, y una esperanza sólida, y una caridad sincera. Esta es la virginidad que el celador del Esposo temía que la serpiente corrompiera. Porque así como la profanación de un miembro del cuerpo se hace en un lugar determinado, así también la seducción que se hace por la lengua profana la virginidad del corazón. No se pervierta en el alma la que no quiere conservar inútilmente la virginidad del cuerpo”²⁸.

Sobre esta doble virginidad, física y del corazón, volverá a precisar el hiponense: «la virginidad de la carne consiste en la pureza del cuerpo; la virginidad del corazón, en la incorruptibilidad de la fe»²⁹. María es así virgen por la fe, por su fidelidad total y absoluta a Dios, además de su integridad física³⁰.

En síntesis, para el santo de Hipona, el voto efectuado por María es la evidencia esencial de un estado libre de vida, fundado plenamente en la fe, y amor incondicional a Dios, y en la gracia que Ella recibe de Dios mismo; es una bella armonía de mérito y gracia, en donde María entrega a Dios aquello que recibió de su mano.

1.1.1 *María modelo de las vírgenes*

Ya S. Ambrosio había presentado a María como modelo de toda virgen consagrada al Señor³¹, el mismo S. Agustín, en una de sus obras, da crédito a este planteamiento hecho por el obispo de Milán:

“También Ambrosio propone en estilo moderado y adornado a las vírgenes profesas, el modelo que deben de imitar en sus costumbres diciendo: «Había una virgen (María) que lo era no sólo en el cuerpo, sino también en el alma, que no adulteraba la sinceridad de su afecto

²⁸ Cf. *Io.Eu.Tr.*, 12,13; CCL 36,137.

²⁹ Cf. *En. Ps.*, 147,10; CCL 40,2146.

³⁰ Cf. J. García Álvarez, «Las dimensiones de la virginidad», 223.

³¹ Cf. *Virg.* 6; PL 16,220.

con ostentación hipócrita, era humilde de corazón, grave en sus palabras, prudente en sus obras, escasa en el hablar, aficionada a leer, nada confiaba en lo incierto de las riquezas, sino en los ruegos de los pobres, atenta a su trabajo, modesta en la conversación, acostumbrada a elegir como juez de sus acciones no el hombre, sino a Dios, a no hacer mal a nadie y a desear el bien a todos, a respetar a los mayores y a no envidiar a los iguales, a huir de la jactancia, a seguir la razón y amar a la virtud [...] Nada había de torvo en sus ojos, nada de atrevido en su lengua, nada de desvergonzado en su acción; no era desenfrenado su ademán, ni dispuesto su andar, ni su voz petulante, de modo que la forma toda de su cuerpo era una imagen de su alma y una personificación de su probidad». He aducido a este pasaje como ejemplo de este estilo moderado, por cuanto en él no trata de exhortar y que hagan voto de virginidad las que todavía no le han hecho, sino de cómo deben ser las que profesaron»³².

La virginidad es un estado de integridad física y espiritual, que pone a la virgen en posesión de Dios³³. En el África del norte en tiempos de S. Agustín era ya común la práctica litúrgica de la consagración de las vírgenes a Cristo³⁴. El santo de Hipona retoma, pues, esta temática ya plasmada por S. Ambrosio y presenta de nuevo a María como modelo de todas las vírgenes cristianas³⁵.

³² Cf. *Doctr. Chr.*, 4,48; CCL 32,155.

³³ Cf. F. Bourassa, «Excellence de la virginité», 30: «L'œuvre de la virginité est la contemplation de Dieu: voir Dieu. Or la contemplation de Dieu ne s'obtient que par communion à la pensée de Dieu, au Verbe de Dieu».

³⁴ Cf. J.M. Del Estal, «El voto de virginidad en la primitiva iglesia de África», 610: «Aquel acto externo, inidentificable en los escritos de San Cipriano, por el que la consagración de una virgen se hiciera notoria a los fieles y de carácter oficial ante la Iglesia, con obligaciones bien definidas y perpetuas, nos es ya conocido una centuria más tarde en la segunda mitad del siglo IV. Y consistía precisamente en la ceremonia litúrgica de la *velación virginal*».

³⁵ Cf. J. Galot, «Vierge entre les vierges», 467: «Marie devait posséder en elle la perfection de la virginité que s'efforcent de pratiquer à leur tour les vierges chrétiennes. Or cette perfection réside non pas dans la simple virginité de fait, mais dans le voeu de virginité, inspiré par un libre amour. Marie n'a donc pas seulement eu, avant l'Annonciation, une virginité de fait qui se serait transformée, après le message de l'ange, en virginité consentie par obéissance; elle s'est consacrée d'elle-même au Seigneur bien avant que sa maternité virginala lui soit annoncée».

Para el hiponense la virginidad es un anticipo, en el aquí y en el ahora, de la gloria celeste; a través de la virginidad se puede experimentar aquí en la tierra la gloria del cielo³⁶, así nos lo recuerda en uno de sus sermones:

“Sea cualquiera vuestro sexo, acordaos los hombres y las mujeres de hacer sobre la tierra vida de ángeles. Los ángeles no se casan ni toman mujer, y tales seremos nosotros después de resucitados. ¿Cuántos mejores vosotros empezando a ser antes de la muerte lo que serán los hombres después de la resurrección?”³⁷.

Y más adelante continúa afirmando: «La integridad virginal y el abstenerse de todo contacto carnal por la religiosa continencia tiene algo de participación angélica; es la ascensión a la incorruptibilidad perpetua en la carne corruptible»³⁸. Pero esta virginidad que es integridad física, puede convertirse en una virginidad evangélica, en una virginidad consagrada; y es aquí donde entra María como modelo de toda virginidad consagrada. María se consagra de manera integra a Dios ya que Dios se constituye para Ella en su único amor, y es esta elección de amor por Dios la que le da sentido y fundamento a su virginidad; se constituye María, de esta forma, en modelo de consagración virginal a Dios para toda virgen:

*“Pero consagró (María) su virginidad a Dios aun antes de saber que había de concebir, para servir de ejemplo a las futuras santas vírgenes y para que no estimaran que sólo debía permanecer virgen la que hubiera merecido concebir sin el carnal concúbito. Imitó así la vida celeste en el cuerpo mortal por medio del voto y sin estar obligada; lo hizo por elección de amor y no por obligación de servidumbre. Por ello, Cristo al nacer de una virgen que, aun antes de saber quién había de nacer de ella, había ya determinado permanecer virgen”*³⁹.

Pero esta virginidad de María implica, como ya lo habíamos señalado, una integridad de su fe; si bien la virginidad es una consagración a Dios, la misma encuentra su fundamento o asidero en el corazón del hombre⁴⁰. María

³⁶ Cf. F. Bourassa, «Excellence de la virginité», 37: «C’est pourquoi, ajoute S. Augustin, cette génération mortelle pour laquelle on s’épouse sur la terre, sera détruite; mais la virginité sur la terre est une vie angélique et elle demeure éternellement».

³⁷ Cf. *Serm.*, 132,3; PL 38,736.

³⁸ Cf. *Virg.*, 12; CSEL 41,245.

³⁹ Cf. *Virg.*, 4; CSEL 41,239.

⁴⁰ Cf. Peretto, E., «Mariologia Patristica», 747: «Come per altri Padri, cosí per Agostino,

es por tanto virgen por su fe y fidelidad absoluta a Dios:

“La Virgen María fue más dichosa recibiendo la fe de Cristo que concibiendo la carne de Cristo. Pues al que le dijo: Bienaventurado el seno que te llevó, respondió Jesús: Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la practican (Lc 11,2-28). Finalmente, a sus hermanos, es decir, a los familiares según la carne, que no creyeron en él, ¿qué les aprovechó su parentesco? Tampoco hubiera aprovechado nada el parentesco material a María si no hubiera sido más feliz por llevar a Cristo en su corazón que en su carne”⁴¹.

A esta integridad de fe están llamadas las vírgenes, y dicha integridad de la fe se traduce, en primera instancia, en un cumplimiento de la voluntad de Dios con una esperanza, una fe y una caridad veraces. Es sólo desde esta perspectiva, la de cumplir la voluntad de Dios, que las vírgenes pueden imitar la maternidad de María sin perder su integridad física, ya que para el santo obispo las vírgenes dan a luz a Cristo, a semejanza de María, cuando cumplen la voluntad de Dios. Las vírgenes dan a luz a Cristo en sus buenas obras como consecuencia de cumplir la voluntad de su Padre Dios; veamos el siguiente texto del africano:

*“No tienen, pues, motivo para contristarse las vírgenes de Dios porque al guardar la virginidad no pueden ser madres según la carne. Solamente la virginidad ha podido dar a luz dignamente a quien no tuvo igual en su nacimiento. Pero este alumbramiento de una santa virgen es el honor de todas las santas vírgenes. También ellas son, con María, madres de Cristo si es que hacen la voluntad de su Padre. Por esto es por lo que María es más laudable y más dichosa madre de Cristo, según la citada sentencia: *Quien hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre* [...] María, por tanto, haciendo la voluntad de Dios, es sólo madre de Cristo corporalmente, pero espiritualmente es también madre y hermana”⁴².*

De esta manera las vírgenes, al igual que María, llevan a Cristo en su corazón como su único Señor y esposo. A semejanza de María, las vírgenes

la perpetua verginità di María non è solo un titolo originale che la distingue nel coro dei fedeli, è anche una valenza esemplare per lo stato verginale in ambito ecclesiale saldamente ancorato alla libera donazione. Maria fece dono totale di sé a Dio in un clima di fede, d'obbedienza e d'umiltà».

⁴¹ Cf. *Virg.*, 3; CSEL 41,237.

⁴² Cf. *Virg.*, 5; CSEL 41, 239.

viven una virginidad fecunda, que si bien no es una fecundidad material como la de María, que dio a luz físicamente a Cristo, si es una virginidad espiritual que va caracterizada por la vivencia de las virtudes, de manera muy particular la virtud de la humildad⁴³, en el cumplimiento de la voluntad divina; así lo expone el santo en un hermoso sermón navideño:

“Aquella cuyas huellas seguís, no yació con varón para concebir y después del parto siguió siendo virgen. Imitadla en cuanto podáis, no en la fecundidad, porque no os es posible sin herir la virginidad [...] No os consideréis estériles por haber permanecido vírgenes, pues hasta la piadosa integridad de la carne cae dentro de la fecundidad de la mente. Obrad lo que dice el Apóstol: puesto que no pensáis en las cosas del mundo ni en cómo agradar a vuestros maridos, pensad en las cosas de Dios y en cómo agradarle a él en todo, para que sea fecundo no vuestro seno con la prole, sino vuestra alma con las virtudes”⁴⁴.

En otro sermón, siempre de índole navideño, el hiponense vuelve a poner énfasis en la misma idea de la fecundidad espiritual de las vírgenes:

“Exultad de gozo, vírgenes de Cristo; la madre de Cristo es compañera vuestra. No pudisteis dar a luz a Cristo, pero por Cristo renunciasteis a dar a luz. Quien no ha nacido de vosotras, ha nacido para vosotras. Sin embargo, si os acordáis como debéis, de su palabra, también vosotras sois sus madres si hacéis la voluntad de su Padre”⁴⁵.

María queda constituida, así, en paradigma de lo que significa la virginidad consagrada y libre, fruto de un amor radical al Señor Dios.

⁴³ Cf. D. Hunter, «Virginitate, De sancta», 871: «Despite his enthusiasm for virginity, however, Augustine spends nearly half of De sancta virginitate urging the celibate Christian to cultivate the virtue of humility. He repeatedly insists that it is precisely the grandeur of virginity that renders the holy virgin, rather than the patent sinner, liable to the vice of pride [...] The model of Christian humility is Christ himself [...] Charity made Christ humble, Augustine argues, and only charity will preserve the virgin from the sin of pride».

⁴⁴ Cf. *Serm.*, 191,4; PL 38,13.

⁴⁵ Cf. *Serm.*, 192,3; PL 38,1013.

1.2 Concepción virginal del Hijo de Dios

El hecho que la presencia operante del Espíritu Santo⁴⁶ lleve a cabo la Encarnación de Cristo en el vientre de María constituye, sin lugar a dudas, un verdadero misterio; y como misterio que es la Encarnación exige un acto de fe profundo.

Precisamente este acto de fe es el punto de partida de S. Agustín para considerar la concepción virginal del Verbo del Padre: «Nosotros pues creemos en Jesucristo nuestro Señor, nacido del Espíritu Santo y de la Virgen María»⁴⁷.

S. Agustín contempla la encarnación del Verbo como la culminación de toda una serie de eventos, a través de los cuales Dios se ha ido manifestando y revelándose a lo largo de la historia⁴⁸. Dios envía al mundo a su hijo único⁴⁹, y en tal sentido Cristo nos revela al Padre; y se ha hecho Cristo hombre para que el hombre tenga vida y no hubiese perecido en el pecado⁵⁰, haciendo así al hombre partícipe de su divinidad⁵¹.

Fiel al relato evangélico el obispo de Hipona afirma la actuación

⁴⁶ Cf. S. Protin, «La Mariologie de Saint Augustin», 385-386: «L'action de l'Esprit Saint diffère bien de celle de l'homme. Elle féconde, mais, loin de blesser d'une Vierge, elle la consacre, elle l'accroît, elle la déifie pour ainsi dire. Ni la conception, ni la naissance du Christ n'ont diminué la pureté de sa Mère. Vous vous en étonnez, dit saint Augustin, mais cet enfant qui est conçu, qui vient de naître, n'est-il pas le même qui, bientôt homme fait, pénétrera dans le cénacle, les portes closes? Et que veut-il exprimer, sinon cette naissance, quand il adresse à Dieu ce chant d'actions de grâces: *Tu es qui extraxisti me de ventre*». En relación a este tema del Espíritu Santo y sus operaciones *ad extra*: santificación, inhabitación, etc., y sobre la particular efusión del Espíritu en María, puede consultarse: F. CAVALLERA, «La doctrine de St. Augustin sur l'Esprit Saint», 5-19. N. Blazques, «La inhabitación del Espíritu Santo en San Agustín», 263-309. C. CARBONE, *L'inabitazione dello Spirito Santo nelle anime*, 28-36. P. Cornutescu, «La doctrine de S. Augustin sur le Saint Esprit», 334-344.

⁴⁷ Cf. *Serm.*, 215,4; PL 38,1074.

⁴⁸ Cf. B. Daley, «Incarnation», 446: «By the work of all three persons of the divine Trinity, the particular "mission" of the Son as God's selfcommunicating Word reaches its climax in his "aparence in flesh"».

⁴⁹ Cf. *Trin.*, 2,9; CCL 50,91.

⁵⁰ Cf. *Serm.*, 92,3; PL 38, 573.

⁵¹ Cf. *Serm.*, 23A,3; CCL 41, 322.

misteriosa del Espíritu Santo sobre María para que sea virginalmente concebido el Hijo de Dios:

“El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, lo que nazca de ti será santo y será llamado Hijo de Dios. Tras estas palabras del ángel, ella, llena de fe y habiendo concebido a Cristo antes en su mente que en su seno, dijo: He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra. Cúmplase, dijo, el que una mujer conciba sin semen de varón; nazca del Espíritu Santo y de una mujer virgen aquel en quién renacerá del Espíritu Santo la Iglesia”⁵².

Es evidente que la concepción virginal, por parte de María, lleva consigo la ausencia, o exclusión, de varón⁵³. S. Agustín para poner en relieve esta realidad se fija en un detalle cuando analiza el relato de la Anunciación, y es que el ángel se dirige a María y no a José, mientras que en el caso de Juan el Bautista el ángel se dirige a Zacarías y no a Isabel; así lo comenta el santo:

“Se acerca el ángel Gabriel a Zacarías, no a Isabel, su esposa, la madre de Juan; se acerca, repito, el ángel Gabriel a Zacarías, no a Isabel. ¿Por qué?, porque Juan iba a hallarse en el seno de Isabel por obra de Zacarías. Así, pues, cuando el ángel anuncia el nacimiento cercano de

⁵² Cf. *Serm.*, 215,4; PL 38,1074. S. Agustín no desliga nunca la Encarnación del Verbo en el tiempo y la generación eterna del Verbo; los llama los dos nacimientos, el primer nacimiento va más allá del tiempo; el segundo ilumina los tiempos, los dos nacimientos son maravillosos: uno sin madre, el otro sin padre, cf. *Serm.* 140,2; PL 35,1455. Un texto clásico del santo explica mejor esta relación de los dos nacimientos: cf. *Io.Eu.Tr.*, 8,8; CCL 36,87: «El es el único nacido de madre sin padre: como Dios, sin madre, y como hombre, sin padre: sin madre antes de los tiempos y sin padre al fin de los tiempos». Esta unidad entre Encarnación y generación eterna es muestra del afán apologetico del santo en no desligar nunca en Cristo su naturaleza humana y su naturaleza divina: Dios-Hombre, cf. *Serm.* 215,4; PL 38,1072; *Ep.*, 102,36; CSEL 34/2, 575; *En. Ps.*, 21,2,7; CCL 38,125.

⁵³ San Agustín deja ver cómo ciertos datos de la Escritura evidencian o significan la concepción virginal de Cristo, veamos sólo dos ejemplos, entre los muchos que podrían ser mencionados: 1) El sepulcro nuevo donde fue colocado Cristo significa el vientre puro de María donde fue encarnado Cristo, cf. *Trin.*, 4,9; CCL 50,173: «El sepulcro nuevo donde nadie había sido sepultado es como el seno virginal de María, donde, ni antes ni después, ningún mortal había de nacer por seminación de varón». 2) De la misma forma en que Eva fue creada del varón sin mujer, así Cristo de mujer sin varón, cf. *Serm.*, 132,2; PL 38,685: «Así como la primera mujer, la introductora del pecado, había sido hecha del varón sin hembra, así

*Juan, no fue al vientre receptor, sino al origen del semen. Anunció el hijo futuro de ambos, pero lo anunció al padre. Juan en efecto, iba a nacer de la unión de varón y de mujer. He aquí que, a la vez siguiente, el ángel Gabriel se allegó a María no a José; el ángel vino a la mujer que iba a dar origen y comienzo a aquella carne*⁵⁴.

Si bien es cierto que el hecho de la concepción virginal por el Espíritu resulta para María algo que transfigura toda su persona, no deja ser también verdad el rol activo o positivo de María en el momento de la Encarnación; es por esto que S. Agustín da una importancia eminente a la fe de María.

Como escogida por Dios para ser madre de Hijo, María no es un instrumnto pasivo o inerte ante los designeos o acciones de Dios; María es ante todo una persona libre, que cree y que sabe responder desde su plena libertad a la oferta propuesta por Dios; de allí que la fe de María se convierta en el presupuesto necesario para que pueda encarnarse el Hijo de Dios⁵⁵. Es la fe que hay en el alma de María la que engendra a Cristo con su libre decisión⁵⁶; por eso el hiponense no se cansa de afirmar que María concibe primero en la fe y luego concibe en la carne:

*“Creamos, pues, en Jesucristo, nuestro Señor, nacido del Espíritu Santo y de la virgen María. Pues también la misma bienaventurada María concibió creyendo a quien alumbró creyendo [...] Tras las palabras del ángel, ella llena de fe y habiendo concebido a Cristo antes en su mente que en su seno dijo: He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra*⁵⁷.

María ha sabido acoger la palabra de Dios en una actitud de fe, ha sabido cumplir la voluntad del Padre, de allí que surga una relación directa entre la fe de María que sabe aceptar la palabra de Dios y el hecho de concebir en su seno a Cristo; el obispo de Hipona recoge este parecer con las siguientes palabras:

el Varón por quien fue borrado el pecado lo fue de hembra sin varón. Por aquella caemos, por éste nos levantamos».

⁵⁴ Cf. *Serm.*, 291,3; PL 38,1317.

⁵⁵ Cf. E. De Roover, «Augustin d’Hippone et l’interprétation», 150-153.

⁵⁶ Cf. T. Spidlík, «Spirito Santo e Maria», 113: «L’ unione della mente con Dio, che nel caso di Maria, fu perfettissima, fu già una specie di “incarnazione” di Dio nel mondo, prima che avvenisse il fatto unico nella storia della salvezza, la nascita di Cristo nella carne. *Maria mente concepit prius quam ventre*, dicono anche gli autori latini».

⁵⁷ Cf. *Serm.*, 215,4; PL 38,1074.

“¿Acaso no hacía la voluntad del Padre la virgen María, que en la fe creyó, en la fe concibió, elegida para que de ella nos naciera la salvación entre los hombres, creada por Cristo antes de que Cristo fuese en ella creado? [...] Por eso era bienaventurada María, porque oyó la palabra de Dios y la guardó; guardó la verdad en la mente mejor que la carne en su seno. Verdad es Cristo, carne es Cristo; Cristo verdad estaba en la mente de María, Cristo carne estaba en el seno de María”⁵⁸.

Para S. Agustín, María acoge, pues, el acto de la Encarnación con plena «fides», es decir, concibe a Cristo por la fe antes como verdad en la mente y luego como hombre en sus entrañas maternas⁵⁹. Con esta idea de la concepción en la mente antes que en el seno virginal, por parte de María, S. Agustín introduce los conceptos de «virginitas mentis» y de «virginitas carnis»: la virginitad de la mente o del corazón y la virginitad en el cuerpo. Sólo María ha tenido este privilegio de una virginitad fecunda «et corpore et mente», un cuerpo immaculado y un corazón fiel; así se expresa el doctor africano:

“Dime, pues, mensajero de Dios: ¿Cómo sucederá esto?- dice María-. Advierte que el ángel lo sabe y ella le pregunta sin dudar lo más mínimo. Como vio que ella preguntaba sin dudar del hecho, no rehusó instruirla. Escucha cómo: Tu virginitad se mantendrá; tú no tienes más que creer la verdad; guarda la virginitad y recibe la integridad. Puesto que tu fe es íntegra, intacta quedará también tu integridad”⁶⁰.

La caridad ardiente de su fe, fue causa de bienaventuranza y seguridad en el cumplimiento de la palabra del Señor, ya que por esta fe el verbo se hizo carne⁶¹. Pero S. Agustín quiere resaltar un aspecto importantísimo de la fe de

⁵⁸ Cf. *Serm. Denis* 25,7; MA 1,163.

⁵⁹ Cf. C. Sorsoli, «Vergine e Madre», 420: «Ci si chiede: quale è la posizione di Maria e la sua specifica azione nell’Incarnazione e nascita di Cristo? Agostino risponde sostenendo con vigore la parte attiva della Vergine-Madre nel piano della salvezza in piena e libera adesione alla volontà di Dio, con lo spirito aperto e fervido di carità. Questo atteggiamento di disponibilità e di accettazione inserisce realmente Maria nel piano divino con responsabilità e impegno personali».

⁶⁰ Cf. *Serm.* 291,5; PL 38,1319.

⁶¹ Cf. *Serm.*, 214,6; PL 38,1069; *Serm.*, 65A,6; RB 86,44; *Serm.*, 69,4; PL 38,442; *Serm.*, 152,8; PL 38,823.

María y es que por su fe María se convierte en discípula de Cristo, su Hijo; en tal sentido el santo llega a sustentar que es más grande María por su fe en Cristo que por ser su madre: «La Virgen María fue más dichosa recibiendo la fe de Cristo que concibiendo la carne de Cristo»⁶².

Es más bienaventurada María porque supo acoger la palabra de Dios y ponerla en práctica que por ser Madre de Cristo, es más grande María por ser discípula de Cristo que por ser su madre. A simple vista podrían parecer sorprendentes y hasta desconcertantes estas afirmaciones, pero el empeño del santo es que se pueda comprender lo radical y fundamental que es para todo cristiano el ser un discípulo coherente de Cristo, de allí que la grandeza de María no está en el paretezco carnal con Cristo, sino en su apertura absoluta a la palabra de Dios, en su fidelidad al cumplirla y seguir a su hijo como fiel discípula; veamos el siguiente texto agustiniano:

“Preocupaos más, hermanos míos, preocupaos más, por favor, de lo que dijo el Señor, extendiendo la mano sobre sus discípulos: Esta es mi madre y mis hermanos; y quien hiciera la voluntad de mi Padre, que me envió, es para mi un hermano, hermana y madre (Mt. 23,9) ¿Acaso no hacía la voluntad del Padre la Virgen María, que en la fe creyó, en la fe concibió, elegida para que de ella nos naciera la salvación entre los hombres, creada por Cristo antes de que Cristo fuese en ella creado? Hizo sin duda Santa María la voluntad del Padre; por eso más es para María ser discípula de Cristo que haber sido madre de Cristo. Más dicha le aportó el haber sido discípula de Cristo que el haber sido su madre. Por eso era María bienaventurada, pues antes de dar a luz llevó en su seno al maestro. Mira si no es cierto lo que digo. Mientras caminaba el Señor con las turbas que le seguían, haciendo divinos milagros, una mujer gritó: ¡Bienaventurado el vientre que te llevó! Bienaventurado el vientre que te llevó. Mas, para que no se buscara la felicidad en la carne, ¿qué replicó el Señor? Más bien, bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan. Por eso era bienaventurada María, porque oyó la palabra de Dios y la guardó: guardó la verdad en la mente mejor que la carne en su seno. Verdad es Cristo, carne es Cristo; Cristo Verdad estaba en la mente de María, Cristo carne estaba en el seno de María: más es lo que está en la mente que lo que es

⁶² Cf. *Virg.*, 3; CSEL.41,237.

llevado en el vientre"⁶³.

Se deduce, evidentemente, a raíz de este texto agustianano que María fue primero discípula de Cristo, aceptando su palabra, y en consecuencia inmediata su madre biológica al encarnarse esa palabra en su vientre.

S. Agustín hace una última precisión en torno a la Encarnación del Verbo, y es precisamente sobre el papel del Espíritu Santo en dicha Encarnación. Veámos ya como, en total coherencia con el símbolo de la fe, S. Agustín argumente creer en Jesús nacido de María y del Espíritu Santo⁶⁴, sin embargo el santo es consciente del posible interrogante: ¿cómo compaginar el nacimiento de Cristo gracias a la acción del Espíritu, sin llamar al Espíritu padre de Cristo?. El hiponense reconoce, sin duda, la dificultad de poder explicar el por qué cuando se afirma que Jesús nació del Espíritu Santo y de la Virgen María, decimos que nació siendo hijo de la Virgen pero no hijo del Espíritu Santo; pese a ello el santo obispo establece los siguientes planteamientos:

a) Deja asentado que es un error el pensar que Jesús es hijo del Espíritu Santo, ya que el Verbo es hijo del Padre que la ha engendrado desde toda la eternidad; Jesús nació del Espíritu Santo no como padre, pero sí de María como madre, veamos cómo lo explica el santo:

“¿Cómo pues, decimos que Jesucristo nació del Espíritu Santo, no habiéndolo engendrado ¿Acaso porque lo creó? Porque, si es cierto que nuestro Señor Jesucristo, en cuanto Dios, creó todas las cosas, mas, en cuanto hombre; El mismo fue creado, como dice el Apóstol: Nacido de la descendencia de David según la carne. Pero habiendo tomado parte toda la trinidad -ya que son inseparables las obras de la Trinidad- en la formación de aquella criatura que la Virgen engendró y dio a luz, por más que sólo se refiera a la persona del Hijo, ¿por qué en su creación sólo se nombra al Espíritu Santo? ¿Es acaso porque, cuando se nombra a una de las tres personas a propósito de alguna obra, se debe entender que coopera toda la Trinidad? Así es, en verdad, y podría demostrarse con ejemplos; mas no hay por qué detenernos por más tiempo en esto. Pero nos trae inquietos cómo es que se ha dicho que Jesucristo ha nacido del Espíritu Santo, no siendo en modo alguno hijo

⁶³ Cf. *Serm.*, 72A, 7; PL 46,937-938.

⁶⁴ Cf. *Serm.*, 215,4; PL 38,1074.

suyo [...] Mas aquí cuando se afirma que nació del Espíritu Santo y de la Virgen María, no siendo hijo del Espíritu Santo y sí de la Virgen, habiendo nacido del uno y de la otra, es difícil explicarlo. No obstante, podemos afirmar, sin ningún género de duda, que nació del Espíritu Santo, no como de padre, mas sí de la Virgen como madre"⁶⁵.

b) La acción humanizadora del Verbo es una acción conjunta de toda la Trinidad, ya que toda acción «ad extra» de la Trinidad es una obra en común, aunque de hecho se encarnó sólo el Hijo, ya que aun cuando todas las acciones de la Trinidad son inseparables, las acciones personales se atribuyen propiamente a la persona que las ejecuta; así nos lo presenta el obispo de Hipona:

"Del mismo modo, cuando decimos con toda rectitud que el hijo, no el Padre ni el Espíritu Santo, caminó sobre el mar, pues sólo de él eran la carne y los pies que andaban sobre las olas, ¿quién duda que el Padre y el Espíritu Santo cooperaban en la realización de tan milagro? Así decimos con toda verdad que sólo el Hijo tomó la carne, no el Padre ni el Espíritu Santo; sin embargo, no juzga rectamente quien niegue que el Padre y el Espíritu Santo cooperaron en esa misma encarnación que pertenece a sólo el Hijo [...] Así, en la Trinidad, la Trinidad obra las obras de cada persona; cuando obra una, cooperan las otras dos, por una conveniente concordia operativa en las tres, aunque en ninguna sea deficiente la eficacia operativa"⁶⁶.

De esta forma las tres personas divinas actúan en la Encarnación siguiendo su propio ritmo, sin romper la misteriosa conjunción inter-relacional que las une en una única armonía:

"Se hizo carne el Hijo, la Palabra, no el Padre ni el Espíritu Santo. Pero la carne del Hijo la hizo la Trinidad entera, pues las obras de la Trinidad son inseparables. Lo dicho del Espíritu Santo, aceptadlo de forma que no creáis que es menor que el Hijo o el Padre"⁶⁷.

Es mas el santo obispo pone un énfasis particular en que el mismo Cristo es autor de su propia carne en el vientre de María:

⁶⁵ Cf. *Ench.*, 38,12; CCL 46,71.

⁶⁶ Cf. *Serm.*, 71,27; PL 38, 465.

⁶⁷ Cf. *Serm.*, 213,7; PL 38,1063.

“Y cuando ya estaba en estado se dijo de ella: *María se encontró embarazada por obra del Espíritu Santo*. Así, pues, el Espíritu Santo fue el autor de la carne de Cristo. Pero también el mismo Hijo unigénito de Dios fue autor de ella. ¿Cómo lo sabemos? Porque al respecto dice la Escritura: La Sabiduría se edificó una casa para sí”⁶⁸.

Sin embargo S. Agustín acentúa que en la Encarnación hay una apropiación del Espíritu de dicha obra, mas no una propiedad exclusiva; y tal apropiación protagónica del Espíritu la plasma el santo en el siguiente interrogante: «¿Qué otra cosa indica la intervención del Espíritu Santo en el nacimiento de Jesucristo sino la gracia?»⁶⁹; y es que para el santo obispo el modo de nacer Cristo del Espíritu Santo da a conocer la gracia de la unión hipostática:

*“Sin duda que el modo como nació Cristo del Espíritu Santo, sin ser su hijo, y de la Virgen María, como hijo, nos da a conocer la gracia de Dios, por la cual el hombre sin mérito alguno precedente, en el principio mismo de su existencia, fue unido al Verbo en una tan estrecha unidad de persona, que el mismo que era hijo del hombre fuese a la vez Hijo de Dios, y el mismo que era Hijo de Dios fuese también hijo del hombre; y de esta suerte llegase a ser natural, en cierto modo, para aquel hombre, por la asunción de la naturaleza humana, la gracia misma, por la cual no pudiese cometer ningún pecado. Y esta gracia había de ser significada por el Espíritu Santo, porque El mismo, siendo con toda propiedad Dios, es llamado también don de Dios.”*⁷⁰

c) Por otra parte S. Agustín precisa que en el símbolo de fe decimos que Cristo nació del Espíritu Santo y de María, mas no decimos que fue creado⁷¹. Esto da pie al santo para indicar que aun cuando algo pueda originarse de otra cosa o sustancia, o el simplemente ser llamado hijo de una persona, ni implica, muchas veces, una relación efectiva o auténtica de paternidad; Cristo nacido del Espíritu Santo no es hijo del Espíritu sino hijo del Padre:

“No se debe conceder que todo lo que procede de alguna cosa nos veamos al punto en la precisión de admitir que es hijo suyo. Pasando

⁶⁸ Cf. *Serm.*, 225,2; PL 38,1097.

⁶⁹ Cf. *Ench.*, 37,11; CCL 46,70.

⁷⁰ Cf. *Ench.*, 40,12; CCL 46,72.

⁷¹ Cf. *Ench.*, 38,12; CCL 46,71.

*en silencio que de un modo nace del hombre su hijo, de otro modo el cabello, el piojo, la lombriz; pasando en silencio, digo, todo esto - puesto que sería hacer una injuria con estas comparaciones a un asunto de tanta excelencia- nadie, indudablemente, se atrevería a llamar hijos del agua a los fieles que nacen del agua y del Espíritu Santo, sino que son llamados con verdad hijos de Dios, como Padre, y de la Iglesia, como madre. De este mismo modo, Cristo, nacido del Espíritu Santo, es Hijo de Dios Padre, no del Espíritu Santo*⁷².

d) Por último el santo hiponense concluye sus argumentos diciendo que Cristo nació de María como madre y del Espíritu Santo no como de padre «para que no se dijese que hay dos padres en la Santísima Trinidad»⁷³.

Finalizando ya este punto quisieramos subrayar como la acción del Espíritu en María, abierta a la gracia y a las iniciativas de Dios en el momento mismo de la Encarnación, la habilita para que ella sea la Madre de Dios; pero además esta presencia fecundante del Espíritu prolonga su influjo y actuaciones de gracia sobre María en el parto y aun después del parto, de modo que María queda definida en un modo evangelico de ser maternal, comprometida del todo con la persona y misión de su Hijo, Jesús.

1.2.1 *María esposa de José*

El tema del voto de virginidad de María, así como su concepción virginal, induce a pensar a nuestro autor sobre papel de José como esposo de la Virgen. Pero S. Agustín no intenta dar una solución explícita a la posible contradicción entre el voto de virginidad de María y su matrimonio con José⁷⁴, y esto debido fundamentalmente a que el hiponense no tiene ningún problema en aceptar la santidad extraordinaria de José⁷⁵, ya que de ésta el autor, como veremos, extraerá ciertas implicaciones que harán congruente el voto de María y su matrimonio con el santo patriarca.

⁷² Cf. *Ench.*, 39,12; CCL 46,72.

⁷³ Cf. *Quaest. Trin. Gen.*, 25; PL 42,1175.

⁷⁴ Cf. J. Craghan, *Mary: The virginal wife and the married virgin*, 148-149. P. Friedrich, *Die Mariologie des hl. Augustinus*, 122-123.

⁷⁵ Cf. V. Capagana, «Síntesis de la teología josefina», 150-151.

Ante la sospecha que pudo tener José de un posible adulterio por parte de María, pues la encuentra ya en cinta antes de esposarse, el santo mismo indicará como tales sospechas carecen de fundamento ya que Dios mismo le esclarecerá toda la situación a José:

*"El mismo que liberó a Susana, mujer justa casta y esposa fiel, del falso testimonio de los viejos, liberó también a la virgen María de la falsa sospecha de su marido. Aquella virgen a la que no se había acercado ningún varón fue hallada en estado [...] Pero el marido, hombre al fin y acabo, comenzó a sospechar. Creía que procedía de otra parte lo que sabía que no procedía de él, y ese, de otra parte, sospechaba que era adulterio. Un ángel le corrige. ¿Por qué mereció ser corregido por un ángel? Porque su sospecha no era maliciosa, sino de las que dice el apóstol que surgen entre hermanos"*⁷⁶.

A José, S. Agustín le atribuye una función muy importante que es la ser testigo y garante de la virgindad y honestidad de María, su esposa; él es el hombre santo y justo que respetará el propósito de virgindad de la propia esposa:

*"Sabido que no se encontraba en estado de él, con cierta lógica la considera ya adúltera [...] Se turba ciertamente en cuanto marido, pero no se ensaña en cuanto justo. Tanta santidad se le atribuye a este varón, que ni quiso tener consigo a una adúltera, ni se atrevió a castigarla delatándola [...] Con toda razón fue escogido para ser testigo de la virgindad de su esposa. Turbado por la debilidad humana, fue fortalecido por la autoridad divina"*⁷⁷.

En un texto de la réplica conta Juliano, el cual negaba la posibilidad del matrimonio entre José y María por no haber unión material, nuestro autor deja ver como José asume su condición de esposo casto:

*"Tú mismo confiesas que «María recibió el nombre de esposa de José en virtud de la fe que habían jurado al desposarse». En efecto, José, no buscó otra mujer al comprobar la preñez de la virgen santa, fruto de una fecundidad divina; ni la hubiera recibido en su casa si no fuera su esposa. Ni pensó en romper la fe conyugal, aunque comprendió se debía abstener de todo contacto sexual"*⁷⁸.

⁷⁶ Serm., 343,3; PL 39,1505.

⁷⁷ Cf. Serm., 51,9; PL 38,338.

Pese a este papel desempeñado por José, S. Agustín no deja de admitir que el matrimonio entre María y José sea verdaderamente un matrimonio real, pero enteramente virginal. ¿Cómo entender este planteamiento? S. Agustín deja ver cómo el matrimonio, que es un bien en sí mismo, no está determinado sólo por la procreación como única finalidad inmediata del mismo, sino que lo que estructura al matrimonio es precisamente la sociedad, o proyecto, de vida que se asume como pareja⁷⁹; veamos el planteamiento del santo:

“Lo que se trate de investigar, pues, es por qué razón al bien del matrimonio [...] se le llame propia y justamente un bien. La razón de ello pareceme a mí que no radica en la sola procreación de los hijos, sino principalmente en la sociedad natural por uno y otro sexo constituida. Porque de lo contrario, no cabría hablar de matrimonio entre personas de edad propecta, y menos aún si hubieran perdido a sus hijos o no hubieran llegado a engendrarlos. Y, sin embargo, en el verdadero y óptimo matrimonio a pesar de los años y aunque se marchiten la lozanía y el ardor de la edad florida, entre el varón y la mujer impera siempre el orden de la caridad y del afecto que vincula entrañablemente al marido y a la esposa”⁸⁰.

En esta perspectiva, José con todo derecho es llamado esposo o marido de María, ya que no es la libido la causa o motivo para tomar a una mujer como esposa, sino que es la: «caritas coniugalis», como la llama el mismo santo:

“En consecuencia, no se ha de decir que José no fue padre porque no nació con la madre del Señor, como si fuera la libido la que hace a una mujer esposa y no el amor conyugal [...] Conocemos a muchos hermanos nuestros quienes, como fruto de la gracia, se contienen por mutuo acuerdo, en el nombre de Cristo de la concupiscencia carnal, aunque sin renunciar al recíproco amor conyugal”⁸¹.

Sigue insistiendo el santo obispo que aun cuando José y María hayan decidido mantenerse en castidad perfecta, esto no es motivo para decir que no sean esposos, o para pensar que haya podido anularse el vínculo conyugal:

⁷⁸ Cf. *C. Iul.*, 5,48 ; PL 44,811.

⁷⁹ Cf. E. Clark, «Augustine and the debate on marriage», 152-153.

⁸⁰ Cf. *B. coniug.*, 3; CSEL 41,191.

⁸¹ Cf. *Serm.*, 51,21; PL 38,344.

“Los que prefieren, por mutuo consentimiento, abstenerse para siempre del uso de la concupiscencia carnal, no rompen el vínculo conyugal; más aún, será tanto más firme cuanto más hayan sido estrechados entre ellos estos pactos, que deben ser guardados amorosa y concordemente; no con los lazos voluptuosos de sus cuerpos, sino con los afectos voluntarios de las almas. En efecto, el ángel le dijo con toda propiedad a José: No temas recibir a María, tu esposa. Se llama esposa, antes del compromiso del desposorio, a la que no había conocido ni habría de conocer por unión carnal. No se destruyó ni se mantuvo de forma engañosa el título de esposa donde ni había existido ni existiría ninguna unión carnal. Pues ciertamente, aquella virgen era más santa y más admirablemente agradable a su marido, porque incluso había sido fecundada sin el marido, superior a él por el Hijo, igual por la fidelidad. Por esto, por la fidelidad del matrimonio, merecieron ambos ser llamados padres de Cristo: no sólo ella es madre, sino que también él es padre, como esposo de la madre; una y otra cosa según el espíritu, no según la carne⁸².

En definitiva, S. Agustín contempla cómo en la unión de María y José se dan los tres bienes del matrimonio: prole, fidelidad y sacramento:

“Por tanto, todo el bien del matrimonio se encuentra colmado en los Padres de Cristo; la prole, la fidelidad, el sacramento. La prole, conocemos al mismo Señor Jesús; la fidelidad, porque no existió ningún adulterio; el sacramento porque no lo rompió ningún divorcio”⁸³.

Un último aspecto que considera S. Agustín en este tema, es la verdadera paternidad de José sobre Jesús. Lo primero que sustenta el autor es que la paternidad de José es una paternidad virginal⁸⁴ o adoptiva:

“Dice Lucas: Y el mismo Jesús comenzaba a tener como unos treinta años y era, según se pensaba, hijo de José (Lc 3,23). Lucas, si embargo, no dudó en absoluto en llamar parientes de Jesús a los dos y no sólo a María allí donde dice: El niño crecía y se fortalecía lleno de sabiduría, y la gracia de Dios moraba en él. Sus parientes iban todos los años a Jerusalén en

⁸² Cf. *Nupt. et conc.*, 1,12; CSEL 42,225.

⁸³ Cf. *Nupt. et conc.*, 1,13; CSEL 42,226.

⁸⁴ Cf. G.-M. Bertrand, *Saint Joseph dans les écrits des pères*, 157-160.

el día solemne de Pascua (Lc 2,40.41). Mas, para que nadie piense que aquí hay que entender por parientes a los consaguineos de María junto con su misma madre, ¿qué responderá a lo que el mismo Lucas dijo antes: Su padre y su madre se maravillaban de lo que se decía de él? Como él narra que Cristo no nació del comercio carnal con José, sino de la virgen María, ¿por qué le llama padre, sino porque entendemos con razón que él era el marido de María por el simple vínculo matrimonial, sin trato carnal, y que por esta razón es más íntimamente padre de Cristo, que nació de su esposa, que si lo hubiese adoptado, teniendo otro origen? De aquí resulta claro que las palabras: Era, según se pensaba, hijo de José, las dijo aludiendo a aquellos que creían que él había nacido, como nacen los demás hombres, de José”⁸⁵.

Pese a ser una paternidad adoptiva, José ejercita una verdadera autoridad paterna sobre Jesús, como lo haría cualquier otro padre; a esto comenta el santo:

“¿Cómo es que era padre? Porque su paternidad era tanto más auténtica cuanto casta. Ciertamente era considerado como padre de nuestro Señor Jesucristo, pero de otra manera, es decir, como los demás padres que engendran en la carne y reciben hijos por cauce distinto al solo afecto espiritual”⁸⁶.

Dos paternidades marcan así la vida de Cristo, la del Padre celeste que le ha engendrado desde siempre como su Hijo unigénito y que en la plenitud de los tiempos se ha encarnado por obra del Espíritu en el vientre de María, y la paternidad adoptiva de José que es la cabeza del hogar en el que Cristo ha nacido como hombre; en la mente de S. Agustín ninguna paternidad excluye la otra:

“La respuesta del Señor Jesucristo: Convenía que yo me ocupara de las cosas de mi Padre, no indica que la paternidad de Dios excluya la de José ¿Cómo lo sabemos? Por el testimonio de la Escritura, que dice textualmente: Y les dijo: ¿No sabíais que conviene que yo me ocupe de las cosas de mi Padre? Ellos, sin embargo, no comprendieron de qué les estaba hablando. Y, bajando con ellos vino a Nazaret y les estaba sometido (Lc 2,49-51). No dijo «Estaba sometido a su madre», o «Le estaba

⁸⁵ Cf. *Cons. Eu.*, 2,3; CSEL 43,84.

⁸⁶ Cf. *Serm.*, 51,30; PL 38,351.

sometido». ¿A quiénes estaba sometido? ¿No era a los padres? Uno y otro eran padres, a los cuales él estaba sometido del mismo modo que se había dignado ser Hijo del hombre. Poco recibían las mujeres ejemplos de cómo comportarse; recíbanlo ahora los niños, en modo que obedezcan a sus padres y les estén sometidos. ¡Cristo, a quien el mundo está sometido, está sometido a sus padres⁸⁷.

Contra los maniqueos que objetaban las genealogías de Jesús, ya que Jesús no tenía parentela física⁸⁸, S. Agustín enseña que por ser José esposo de María es llamado padre de Jesús, de allí que la genealogía de Jesús terminan en él, aun cuando no sea responsable de la concepción física de Jesús:

“Tienen otra impugnación que hacer. Las generaciones dicen, se cuentan por la línea de José y no por la de María. Ponga vuestra santidad un poco de atención. Opinan ellos que no debió hacerse por la línea de José ¿Por qué no? ¿Acaso no era José el marido de María? No lo era, dicen. ¿Quién lo dice? LA Escritura, sobre la palabra del ángel, dice que era su marido. No temas, le dice, recibir a María como esposa. Lo que en ella ha nacido es del Espíritu Santo. A él se le ordena también que le imponga el nombre, aunque no había nacido de germen suyo. Dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Jesús. Que Jesús no nació de su germen es lo que pretender indicar la Escritura cuando con premura añade cuál era el origen del embarazado diciendo: Es del Espíritu Santo. Con todo, no se le quita la autoridad paterna, pues se le manda que ponga nombre al niño. Finalmente, también la Virgen María, que bien sabía que no había concebido a Cristo de la unión íntima con él, le llama, sin embargo, padre de Cristo⁸⁹.”

Aun siendo la paternidad de José adoptiva, S. Agustín no duda en colocar en un mismo plano la paternidad de José y la maternidad de María, ya que ambos son verdaderos padres de Cristo:

“Ambos por su fiel matrimonio merecieron ser llamados padres de Cristo, y no sólo ella mereció ser llamada madre, sino él también padre, como cónyuge de su madre; uno y otro por el afecto, no por la carne; es

⁸⁷ Cf. *Serm.*, 51,19; RB 91 (1981) 35.

⁸⁸ Cf. *C. Faust.*, VII,1; CSEL 25/1,302-303.

⁸⁹ Cf. *Serm.*, 51,16; PL 38,343.

*decir: él es padre solamente por el afecto; ella lo es también por la carne; los dos, sin embargo, son padres*⁹⁰.

En síntesis, el santo obispo de Hipona ve a José como verdadero esposo de María por tenerla establemente como esposa, no por la relación carnal, sino por el amor; no por la unión de los cuerpos, sino por la de las almas, que más íntima. Por medio de este matrimonio, María conservó su honra virginal y José asumió una paternidad casta y auténtica sobre aquel niño.

1.3. *La Virgen Madre*

Lo distintivo de la virginidad de María es que es una virginidad maternal. La virginidad y la maternidad son dos realidades que se conjungan en María en una extraordinaria armonía, fruto, desde luego, de la acción de Dios en su vida.

Si el don hecho a María de ser madre sin concurso de varón, es para S. Agustín algo maravilloso, igual de milagroso resulta a sus ojos el parto virginal de María; esto sólo se puede creer, pero no explicar. Queda, así, en las profundidades del misterio el hecho que en María se pueda dar la fecundidad, pero conservando a la vez la integridad corporal; así lo deja explícito el santo:

“Y si quieres pensar como ha nacido fuera del tiempo el Hijo del eterno Padre, te recrimina el profeta Isaías, que dice: ¿Quién narrará su nacimiento?. Así, pues, el nacimiento de Dios a partir de Dios, ni puedes pensarlo ni explicarlo; sólo te es posible creerlo para poder alcanzar la salvación, según las palabras del Apóstol: Quien se acerca a Dios es preciso que crea que existe y recompensará a los que le buscan. Si, pues, deseas conocer su nacimiento según la carne que se dignó aceptar por nuestra salvación, escucha y cree que nació del Espíritu Santo y de la virgen María. Aunque, incluso este nacimiento, ¿quién lo narrará? ¿Quién puede valorar en su justo punto que Dios haya querido nacer como hombre por los hombres, que una virgen lo haya concebido sin semen de varón, que lo haya alumbrado sin perder la integridad y que después del parto haya permanecido íntegra? Nuestro Señor Jesucristo entró, por libre voluntad en el seno de la virgen; siendo inmaculado, llenó los miembros de una mujer; hizo grávida a su madre sin privarla

⁹⁰ Cf. *Nupt. et conc.*, 1,12 ; CSEL 42,225.

de su virginidad; habiéndose formado a sí mismo, salió y mantuvo íntegras las vísceras de la madre”⁹¹.

Por ello el santo, lleno de admiración ante este misterio⁹², exhorta en su predicación a los feligreses a que se admiren ellos también, pero sobre todo que acojan esta realidad en el acto profundo de la fe:

“¿Quién narrará dignamente a Dios en el acto de engendrar? ¿Quién contará dignamente el parto de una virgen? Lo primero accade sin día, lo segundo en un día preciso; ambas cosas por encima de la estimación humana y motivo de gran admiración [...] Ha concebido una virgen; admiraos; una virgen ha dado a luz; admiraos más aun: después del parto permaneció siendo virgen. ¿Quién, pues narrará esta generación?”⁹³.

Para S. Agustín la virginidad de María en el parto, entendida como integridad física, forma parte del patrimonio de fe de la Iglesia: «¿Qué hay más maravilloso que el parto de una virgen? Concibe y es virgen, da a luz y sigue siendo virgen»⁹⁴, de allí que declare heréticos a todos aquellos que la niegan; esto significa todo un esfuerzo apologético del santo por mantener a salvo tal verdad de fe. Un caso específico de lo que estamos indicando es Joviniano⁹⁵ (+406), un monje reducido al estado laical, el cual negaba la virginidad de María en el parto; S. Agustín no tarda en catalogarlo hereje y lo incluye dentro de su catálogo de herejías bajo los siguientes términos: «Negaba la virginidad de María, diciendo que al dar a luz no quedó intacta»⁹⁶.

En otro texto, pero esta vez en su réplica conta Juliano, vuelve a retomar este argumento herético de Joviniano:

“Al acusarme de patricinar el error de los maniqueos imitas la conducta de Joviniano. Este afirma, si, la virginidad de María en su concepción,

⁹¹ Cf. *Serm.*, 215,3; PL 38,1073.

⁹² Cf. S. Folgado Florez, «La virginidad fecunda», 40: «En un avance progresivo de gran efectividad teológica, la argumentación agustiniana acentúa todavía más la paradoja del misterio que viene de Cristo, que al nacer quiso personalizar en María el honor de Madre (“el Matris honore”) y la santidad de Virgen (“et virginis sanctitate”)».

⁹³ Cf. *Serm.*, 196,1; PL 38,1019.

⁹⁴ Cf. *Serm.*, 189,2; MA 1, 210.

⁹⁵ Cf. F. Hofmann, «Augustinus», 995.

⁹⁶ Cf. *Haer.*, 1,82; CCL 46,337.

pero niega su virginidad en el parto. Como si decir que Cristo nació de una virgen pura y sin mancha fuera creer, con los maniqueos, que Cristo era un fantasma. Pero los católicos, así como, con la ayuda del Salvador, despreciaron las sutilezas de Joviniano y siempre creyeron en la virginidad de Santa María en el parto, no creyeron nunca en que el Señor fuera un fantasma, sino que de ella tomó Cristo un cuerpo real y verdadero, permaneciendo su madre virgen en el parto y después del parto”⁹⁷.

De este texto citado puede verse como el hiponense deja esclarecido el hecho que la virginidad de María en el parto, no implicaba el que Cristo no poseyera un verdadero cuerpo humano, o que fuese un fantasma, sino que tan real y humana es la integridad de María en el parto, como tan real y humano es el cuerpo de Cristo. Es más para el santo el parto virginal es la prueba feaciente de que Cristo nació de una virgen:

“No es lícito decir que faltase algo a la naturaleza humana en aquella encarnación, pero sí que tomó la naturaleza, libre en absoluto de toda sujeción a pecado; no como nace de ambos sexos por la concupiscencia de la carne, con obligación de contraer el pecado, cuyo reato se borra por la regeneración; sino de una virgen, cual convenía que naciese aquel a quien había concebido no la concupiscencia, sino la fe de su madre; puesto que si, al nacer El, se hubiese violado su integridad, ya no habría nacido de una virgen, y entonces sería falso – muy lejos de nosotros tal blasfemia- que El hubiese nacido de María Virgen, como confiesa toda la Iglesia”⁹⁸.

También a los maniqueos que no aceptaban la virginidad de María⁹⁹, el hiponense les recrimina su error, diciéndoles que son peores que Joviniano; veamos el texto:

“He aquí, pues, rebatidos los argumentos en los que dices soy peor que Joviniano. Impugna tú, si puedes, las razones por las cuales probaré que sois peores que Joviniano. Enseñó él que los hombres, por una fatalidad, obran bien; vosotros decís que hasta el deseo del mal es un

⁹⁷ Cf. *C. Iul.*, 1., 4; PL 44, 643.

⁹⁸ Cf. *Ench.*, 34; CCL 46, 69.

⁹⁹ Cf. A. E. Di Stefano, *Il manicheismo in S. Agostino*, 152: «I manichei giudicano falso il dogma della verginità di Maria anche basandosi su una frase delle Scritture, che

bien; dice él que los hombres, una vez purificados por los misterios, no pueden ya caer en el error; enseñáis vosotros que el mismo deseo de entrar por el camino recto no es inspiración de Dios, sino impulso del libre albedrío; niega él la virginidad de María en el parto; vosotros igualáis la carne nacida de la Virgen a la carne de los demás hombres, sin hacer ninguna distinción entre la carne de pecado y la carne semejante de pecado”¹⁰⁰.

A todos los que se oponen al parto virginal de María, sean los que sean, S. Agustín les amonesta de la siguiente manera:

“¿Poneís en duda o negáis el parto de la Virgen, cuando más bien debéis creer que así convenía que naciera el Hombre Dios? Sabed que fue anunciado por el profeta: He aquí que una virgen concebirá y parirá un hijo, y llamarán su nombre Emmanuel, que, traducido, quiere decir Dios con nosotros. No podéis dudar que da a luz la Virgen si queréis creer que nace Dios; que, sin dejar el gobierno del mundo, viene a nosotros en carne humana; que hace a su madre fecunda sin quitarle la integridad virginal. Así debía nacer el que, siendo eternamente Dios, se hizo hombre para ser nuestro Dios”¹⁰¹.

Indudablemente que el santo de Hiozona atribuye un valor teológico al parto virginal de María, y este valor es determinado por la relación que establece S. Agustín entre la virginidad de María y la divinidad de Cristo; en tal sentido el parto virginal de Cristo era conveniente por las siguientes razones:

a) Gracias a la virginidad de María, Jesús fue concebido sin pecado original:

“Cristo carece de todo pecado; ni heredó el original ni cometió ninguno personal. Vino por cauces distintos al placer de la concupiscencia carnal, pues no existió en su concepción el abrazo marital. Del cuerpo de la virgen no tomó la herida sino la medicina; no tomó algo que debiera sanar, sino algo que sanar. Me estoy refiriendo al pecado. Sólo él, pues, existe sin pecado”¹⁰².

definisce Cristo “factum de muliere”. I manichei osservano che, poiché non è detto “ex virgine”, ma “de muliere” evidentemente vien negata la verginità».

¹⁰⁰ Cf. *Iul. Imp.*, 4,122; PL 45,1419.

¹⁰¹ Cf. *F. Inuis.*, 5; CCL 46,8.

¹⁰² Cf. *Serm.*, 294,11; PL 38,1341.

· La virginidad de María posibilita el que Cristo no contraiga la mancha del pecado adámico, y de allí que Cristo pueda cargar con los pecados de los demás hombres, sus hermanos:

“Pero Cristo no quiso que su carne viniese por esa unión de varón y de mujer, sino que la tomó por nosotros de una virgen, exenta de concupiscencia en la concepción: es la semejanza de la carne de pecado, con la que purificó en nosotros la carne de pecado [...] En cambio la Virgen María, a quien se dijo La virtud del Altísimo te cubrirá, al concebir tan santa prole, no ardió bajo la sombra divina en el ardor de esta concupiscencia”¹⁰³.

Este nacimiento virginal era pues necesario de cara a la Encarnación del Verbo y a su misión salvadora, ya que sería algo sin sentido, en la mente del santo, el hecho de que si Cristo viene a curar o sanar lo que está enfermo, por obra del pecado, comenzase esta obra quitando la integridad virginal de su madre: «Digno era [...] que no violara la integridad aquel que venía a sanar lo corrompido»¹⁰⁴, y en otro texto sustenta el autor africano: «Habiendo depravado su alma la mujer, dio entrada a la enfermedad; permaneciendo íntegro el cuerpo de la Virgen brotó la salud»¹⁰⁵.

Aun más, resulta imposible de creer, para el hiponense, que Cristo habiendo elegido para sí a María, como su madre, otorgándole el don de concebirlo virginalmente, le quite la integridad de su virginidad al momento de nacer; así lo explica el santo en su polémica contra los maniqueos:

“Es torpe el uso ilícito y no sometido a las leyes de la templanza de dichos miembros, no los miembros en sí, que los célibes y las vírgenes conservan en maravillosa integridad. Los mismos santos padres y madres casados se servían de ellos, pensando únicamente en la procreación, de suerte que no es en absoluto torpe el movimiento natural que no sirve a la lascivia, sino a la razón. Por tanto ¡cuántos menos torpes fueron dichos miembros en la virgen María que concibió por la fe la carne de Cristo! No sirvieron ni siquiera a la concepción humana y lícita, sino exclusivamente al alumbramiento de Dios. Con razón ella fue tan honrada que, conservando incluso su integridad corporal, nos

¹⁰³ Cf. *Ep.*, 187,31; CSEL 57,110.

¹⁰⁴ Cf. *Serm.*, 194,1; PL 38,1015 (nota 4).

¹⁰⁵ Cf. *Doctr. Chr.*, 1,13; CCL 32,14.

trasvasó a Cristo para que le concibiéramos por la fe en nuestros corazones íntegros, y en cierto modo le alumbráramos por la confesión. Cristo nunca deterioraría a su madre con su nacimiento, hasta el punto de que a quien había otorgado el don de la fecundidad, le quitase la gloria de la virginidad. Esto fue una realidad, no un engaño; pero es algo nuevo, algo insólito, algo contra el curso sumamente concebido de la naturaleza, porque es algo grande, admirable, divino y por eso mismo verdadero, seguro, confirmado”¹⁰⁶.

Este nacimiento virginal de Cristo se constituye, así, para el santo en una profesión de fe, no como un simple salto en el vacío, sino como una lógica de la fe misma.

b) La conveniencia del parto virginal de María tiene está determinada por la naturaleza de su hijo; convenía que el Hijo de Dios naciese de un seno virginal, por ello afirma el santo: «La nobleza del nacido se manifestó en la virginidad de la madre, y la nobleza de la madre, en la divinidad del nacido»¹⁰⁷.

Y en otro texto el hiponense es aun más reiterativo:

“La virgen madre nos dejó una prueba de la majestad del hijo; tan virgen fue después de parirlo como antes de concebirlo; su esposo la encontró embarazada, no la dejó embarazada él; embarazada de varón, mas no por obra de varón; tanto más feliz y digna de admiración cuanto que, sin perder la integridad, se le añadió la fecundidad”¹⁰⁸.

Podemos concluir este punto con la analogía que establece S. Agustín entre el parto virginal de María y la Resurrección misma de Jesús:

“En efecto, después de su resurrección, a quienes creían que era un espíritu, y no un cuerpo, les dijo: Palpad y ved, que un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que tengo yo. Y no obstante, la solidez de aquel cuerpo de hombre maduro se introdujo hasta la presencia de los discípulos sin que estuviesen abiertas las puertas. Si, pues, el que siendo grande, pudo entrar a través de las puertas cerradas, ¿por qué no pudo igualmente salir, cuando era pequeño a través de miembros

¹⁰⁶ Cf. *C. Faust.*, 29,4; CSEL 25/1,747.

¹⁰⁷ Cf. *Serm.*, 200,2; PL 38,1029.

¹⁰⁸ Cf. *Srem.*, 184,1; PL 38;996.

*íntegros? [...] Pero a la fe, al creer que Dios nació de la carne, no le cabe duda de que ambas cosas son posibles para Dios, a saber, que el cuerpo de una persona mayor se presentase ante los que estaban dentro de la casa sin que abriesen las puertas y que el esposo-niño saliese de su lecho nupcial, es decir, del seno de la virgen, manteniendo intacta la virginidad de la madre*¹⁰⁹.

A través de esta analogía S. Agustín deja ver que así como no fue problema para Cristo resucitado atravesar la puerta cerrada del cenáculo para salir al encuentro de los apóstoles, así tampoco fue problema para Jesús niño atravesar las entrañas virginales de María, sin arrebatarle la integridad física. Sin embargo hay que hacer una precisión: el cuerpo que atravesó la puerta del cenáculo era un cuerpo glorioso, resucitado; mientras que el cuerpo que atraviesa las entrañas de María es un cuerpo de carne humana, como la de cualquier otro niño; es aquí precisamente donde el hiponense ve lo admirable de este milagro: Jesús niño de carne y hueso, como cualquier otro niño, nace del vientre de María sin tocar la integridad física de su madre, por eso el santo insiste: «Pero más que todos los milagros es haber nacido de una virgen, y solamente El puedo conservar la integridad de la madre tanto al ser concebido como al nacer»¹¹⁰.

Con esto S. Agustín no deja más que deleitarse en los prodigios obrados por Dios en María, y no olvida el señalar que por medio de este parto virginal Dios se honró y María consiguió un grado superior de dignidad¹¹¹.

1.4 *Virginidad perpetua de María*

En la mente del obispo de Hipona, María entra en el plan divino de salvación, como la virgen escogida para restaurar la vida y la salvación de los hombres¹¹², pues de ella el Verbo tomará su carne. Esta virginidad de María, como hemos ya constatado, se conserva en el parto de María y como

¹⁰⁹ Cf. *Serm.*, 191,2; PL 38,1010.

¹¹⁰ Cf. *Io. Eu. Tr.*, 91,3; CCL 36,554.

¹¹¹ Cf. *Serm.*, 196,1; PL 38,1019.

¹¹² S. Agustín ve como en contraposición a la virgen Eva aparece María; la Virgen María devolvió al sexo femenino el honor perdido, en Eva; pues si una mujer virgen (Eva) ofreció al hombre el veneno de la perdición, otra virgen (María) le administrará el remedio de la salvación: «Si nuestra primera caída tuvo lugar cuando la mujer concibió en su corazón el

consecuencia inmediata la virgindad continúa *post partum*: «Una virgen creyó, una virgen concibió, y una virgen dio a luz y virgen permaneció »¹¹³.

S. Agustín es un defensor empedernido de la virgindad integral de María antes en y después del parto, por ello no tiene reparo en afirmar que tal verdad pertenece a la fe de la Iglesia católica¹¹⁴. Esta virgindad perpetua es gracia de Dios dada a María, sólo Dios ha podido ser el autor de esta maternidad virginal¹¹⁵, y la misma es prueba de la santidad plena de María; en uno de sus sermones recoge el santo esta idea:

“¿Qué eres tú que vas a dar a luz? ¿Cómo lo has merecido? ¿De dónde lo recibiste? ¿Cómo va a formarse en ti quien te hizo a ti? ¿De donde, repito, te ha llegado tan gran bien? Eres virgen, eres santa, has hecho un voto; pero es muy grande lo que has merecido; mejos lo que has recibido. ¿Cómo lo has merecido? Se forma en ti quien te hizo a ti; se hace en ti aquel por quien fuiste hecha tú; más aún, aquel por quien fue hecho el cielo y la tierra, por quien fueron hechas todas las cosas; en ti, la Palabra se hace carne recibiendo la carne, pero sin perder la divinidad [...] Al ser concebido te encontró virgen, y, una vez nacido, te deja virgen. Te otorga la fecundidad sin privarte de la integridad. ¿De dónde te ha venido? ¿Quizá parezca insolente al interrogar así a la virgen y pulsar casi inoportunamente con estas mis palabras a sus castos oídos. Mas veo que la virgen, llena de rubor, me responde y me alecciona: «Me preguntas de dónde me ha venido todo esto? Me ruborizo al responderte acerca de mi bien; escucha el saludo del ángel y reconoce en mí tu salvación. Cree a quien yo he creído. Me preguntas de dónde me ha venido esto. Que el ángel te dé la respuesta» -Dime ángel, ¿de dónde le ha venido tal gracia a María- Ya lo dije cuando la saludé: Salve, llena de gracia”¹¹⁶.

veneno de la serpiente, no debemos admirarnos de que nuestra salvación tuviera lugar cuando otra mujer concibió en su seno la carne del Omnipotente. El hombre y la mujer habían caído, el hombre y la mujer tenían que ser redimidos. Por una mujer fuimos conducidos a la muerte; por otra mujer se nos devolvió la salvación».

¹¹³ Cf. *Serm.*, 170,3; PL 38,938.

¹¹⁴ Cf. *C. Jul.*, 1,4; PL 44,643.

¹¹⁵ Cf. *Agon.*, 24; CSEL 41,124.

¹¹⁶ Cf. *Serm.*, 291,6; PL 38,319.

Si bien es cierto que esta virginidad perpetua es don de Dios a María, es igualmente válido que esta virginidad es un propósito personal de María¹¹⁷; y es aquí donde retomamos el tema, ya estudiado, del voto de virginidad hecho por María antes de la Encarnación. Por tanto esta virginidad perpetua se deduce también de la firmeza del propósito de consagración total a Dios, por parte de María:

“En cambio, Santa María dijo: ¿Cómo sucederá eso, pues no conozco varón? Reconoced aquí el propósito de la virgen. Si tuviese pensado yacer con varón, ¿hubiese dicho: Cómo sucederá eso? No hubiese dicho: ¿Cómo sucederá eso?, en el caso de nacer su hijo como suelen nacer los demás niños. Pero ella se acordaba de su propósito y era consciente de su voto. Porque sabía lo que había prometido y porque sabía que los niños les nacen a las mujeres que yacen con sus maridos, cosa que está fuera de su intención se pregunta: ¿Cómo sucederá eso? Se refería al modo, sin que incluyese duda alguna sobre la omnipotencia de Dios ¿Cómo sucederá eso? ¿De qué manera tendrá lugar tal acontecimiento? Me anuncias un hijo, y me dejas en vilo; dime pues el modo. Pudo en efecto, la santa virgen temer o ignorar los designios de Dios, como si el querer que tuviera un hijo significase desaprobación su voto de virginidad”¹¹⁸.

La virginidad perpetua de la Virgen incluye, por tanto, su abstención de toda relación sexual así como su integridad física antes y después del parto. En tal sentido el voto de virginidad efectuado por María está, según el santo de Hipona, a la base ya sea de la continencia personal de María, ya sea a la base de la fidelidad matrimonial de José y María¹¹⁹; por eso el santo agrega que José

¹¹⁷ Cf. P. Donnelly, «The perpetual virginity», 289: «Mary, St. Augustine establishes, is even greater by reason of her exalted sanctity than for her role as the Mother of God; for, her sanctity was due not only to the grace of God but also to her co-operation, which moved her to vow her virginity to God, before she knew His designs on her as the future Mother of the Son of God».

¹¹⁸ Cf. *Serm.*, 291,5; PL 38,1318.

¹¹⁹ Cf. B. Gherardini, *Dignitas Terrae*, 208-209: «Da qui, come dalle premesse d'un ragionamento logico, la deduzione della verginità perpetua, a caratterizzare tutto l'arco della esistenza di Maria, prima che andasse sposa a Giuseppe e dopo. Pertanto, il santo Dottore è sempre pronto a dar evidenza, qualunque sia il contesto nel quale ne parla, a siffatta caratteristica».

será testigo y custodio de este voto hecho por María, lo que implica asimismo la castidad perfecta de José¹²⁰; veamos el siguiente texto agustiniano que recoge estas ideas:

«Pero una vez nacido el Rey mismo de todos los pueblos, comenzó a ser honrada la virgindad a partir de la Madre del Señor, que mereció tener un hijo sin perder la integridad. Puesto que aquél era un verdadero matrimonio, matrimonio que no comportó pérdida de la integridad, ¿por qué, del mismo modo, no iba a recibir el marido, sin perder su integridad, lo que había concebido su esposa de la misma manera? Como no perdió su integridad aquella esposa, así tampoco aquel marido. Y como ella era madre e íntegra, así también él era padre íntegro»¹²¹.

Es también explícito el siguiente texto, en relación a la figura y función de José:

«Si se habla de judíos, los patriarcas guardaron rebaños; si de gentiles o paganos, tuvieron filósofos, que les honraron harto siendo zapateros; si de la Iglesia de Dios, carpintero fue aquel justo elegido para testigo de la virgindad conyugal perdurable, a quien fue entregada la Virgen María, que nos dio a luz a Cristo»¹²².

Una imagen muy singular para reafirmar la virgindad perpetua de María, es la analogía que establece el santo entre la Virgen Madre y el Padre Celeste; así como Cristo es el unigénito del Padre, así también es el unigénito de María:

¹²⁰ Cf. V. Capanaga, «Síntesis de la teología josefina», 151: «No cabe duda que Dios pudo conceder al Esposo de María ese singularísimo privilegio; el pudo extinguir por completo, radicalmente en Jesús y su Madre, al fomes del pecado, ¿no podrá reprimirlo, no podrá atarlo para que no infeccione las obras de aquellos que, como José, son para El vasos de elección? Es evidente que podía hacerlo, pues su diestra es excelsa y omnipotente. Más todavía; era conveniente que así lo hiciera: primero, porque san José era esposo de María y custodio y ángel de su virgindad y para eso era necesario apagar el fuego de la concupiscencia, que abrasa nuestra carne e infundir en las venas del cuerpo y del espíritu el rocío amortiguante de la gracia [...] segundo, porque era padre real de aquel que estuvo segregado de los pecadores, y era conveniente que san José que había de convivir con Cristo estuviese limpio de toda mancha de pecado actual [...] era conveniente que el padre fuese digno de tal Hijo».

¹²¹ Cf. *Serm.*, 51,26; PL 38,348.

¹²² Cf. *Op. mon.*, 14 ; CSEL 41,556.

«Era ya hijo único del Padre quien nació como hijo único de la madre; fue hecho en la madre quien se había hecho para sí la madre»¹²³.

Otra imagen es la comparación entre el vientre virginal de María y el sepulcro donde fue depuesto Cristo, tanto en aquel sepulcro como en aquel vientre sólo permaneció Cristo: «Así como en el seno de María ni antes ni después de El (Cristo) ninguno fue concebido, así en este sepulcro nadie, ni antes ni después de El, fue sepultado»¹²⁴. La misma imagen la vuelve a retomar en un sermón:

*“Pero en medio de aquel pueblo, cual si fuera en aquella noche, la Virgen María no fue noche, sino, en cierto modo, una estrella en la noche; por eso suparto lo señaló una estrella que condujo una larga noche [...] La resurrección y el nacimiento de Cristo van a la par: como en aquel sepulcro nuevo no fue puesto nadie ni antes ni después de él, así tampoco en aquel seno virginal no fue concebido ningún mortal ni antes ni después”*¹²⁵.

En este ámbito de la virginidad perpetua de María, S. Agustín hace frente, a través de sus escritos, a la doctrina de los anticomaritas y a la del Elvidio, ambas doctrinas sostenían que tras el nacimiento de Jesús, María tuvo más hijos. De los anticomaritas dice el santo: «se llama así a los herejes que se oponen a la virginidad de María, de tal modo que afirman que, después de nacido Cristo, ella estuvo unida a su marido»¹²⁶; y más adelante afirma de los elvidianos: «de tal modo contradicen la virginidad de María, que defienden que después de Cristo tuvo otros hijos de su esposo José»¹²⁷.

S. Agustín trata de clarificar el problema de la terminología utilizada en los evangelios «de los hermanos de Jesús», la cual servía de fundamento para las afirmaciones heréticas ya vistas. En su exégesis, o comentario, al evangelio de Juan el santo obispo clarifica el significado de dicha afirmación:

“Bajan, como dice el evangelista, a Cafarnaún El y su madre, sus hermanos y sus discípulos, y allí estuvieron algunos días. He aquí que tiene madre,

¹²³ Cf. *Sermo* 192,1; PL 38,1012.

¹²⁴ Cf. *Io. Eu. Tr.*, 120,5; CCL 36,663.

¹²⁵ Cf. *Serm.*, 223D,2; PLS 2,718.

¹²⁶ Cf. *Haer.*, 1,56; CCL 46,325.

¹²⁷ Cf. *Haer.*, 1,84; CCL 46,338.

tiene hermanos, tiene discípulos. Tiene hermano, porque tiene madre. La Escritura no suele denominar hermanos solamente a los nacidos de un mismo padre y una misma madre, o de una misma madre o del mismo padre, aunque de distinta madre, o a los que tienen un mismo grado de parentesco, como los primos hermanos, ya por parte del padre, ya por parte de la madre. La Escritura no llama hermanos sólo a éstos. Según el modo que tiene de hablar la Escritura, así se ha de entender. Tiene su lenguaje propio. El que no sabe esto se extraña y dice: ¿Cómo tiene hermanos el Señor? ¿Volvió por ventura María a dar a luz? No. En ella precisamente tiene su raíz la dignidad de las vírgenes. Aquella hembra pudo ser madre; mujer, no. Se le dio este nombre de mujer por su sexo femenino, no por la pérdida de su integridad. Esto se ve por el modo de hablar de la misma Escritura [...] ¿Quiénes son, pues esos hermanos del Señor? Los parientes de María en cualquier grado. ¿Cómo se prueba? Por la misma Escritura. Hermano de Abrahán se llama a Lot, que era hijo de su hermano. Sigue leyendo y verás que Abrahán era tío paterno de Lot y, sin embargo, se llamaban hermanos. ¿Por qué? Porque eran parientes. Jacob tuvo por tío paterno al sirio Labán, porque era hermano de Rebeca, madre de Jacob y esposa de Isaac. Sigue aun leyendo la Escritura y verás también allí que se llaman hermanos el tío paterno y el hijo de su hermano. Conocido este procedimiento de la Escritura, verás que todos los consaguíneos de María son hermanos de Cristo”¹²⁸.

¿Y qué ocurre con los discípulos?; a raíz del texto anterior los discípulos no pueden ser llamados hermanos de Jesús, pues no tienen un parentesco consaguineo con María; sin embargo Jesús le llama hermanos; veamos como estructura la situación la exégesis agustiniana:

“Y aquellos discípulos eran sus hermanos con mayor razón todavía. Porque ni aquellos parientes serían sus hermanos si no fueran discípulos suyos, y sin razón serían hermanos si no reconociesen al Maestro como hermano suyo. En efecto, en una circunstancia en que se le pasó aviso de que su madre y sus hermanos estaban fuera, El, que estaba hablando con sus discípulos, dice: ¿Quién es mi madre y quiénes mis hermanos? Y extiende sus manos sobre sus discípulos, diciendo: Estos son mis hermanos.

¹²⁸ Cf. *Io. Eu. Tr.* 10,2; CCL 36.

Y quienquiera que cumpla la voluntad de mi Padre, ése es mi madre, mi hermano y mi hermana. *Luego también María porque hizo la voluntad de mi Padre*¹²⁹.

S. Agustín coloca, de esta manera, el significado de hermano de Jesús en un ámbito, netamente, sobrenatural, en tanto que es hermano de Jesús, el que cumple la voluntad del Padre:

*“Por la palabra del Señor vemos que la Iglesia es: hermanos, y hermanas, y madre del Señor, pues al comunicarle que su madre y sus hermanos estaban fuera; y, en cuanto estaban afuera prefiguraban. ¿A quién prefiguraba la madre? A la sinagoga ¿A quién los hermanos carnales? A los judíos que se hallaban fuera. También está fuera la sinagoga. Porque María está al costado de la casa; y sus parientes, procedentes de la consanguinidad de la Virgen María, que creyeron en El, se hallaban al costado de su casa; no en cuanto que estaban unidos a El por la consanguinidad de la carne, sino que en cuanto oían y ejecutaban la palabra de Dios [...] ¿Quién es mi madre y mis hermanos? Y extendiendo la mano sobre los discípulos dijo: He aquí a mi madre y a mis hermanos. Ciertamente eran hermanos; pero ¿cómo eran madre? Porque, prosiguiendo dijo: El que hiciere la voluntad de mi Padre, es mi hermano, y mi hermana y mi madre”*¹³⁰.

Cerrando ya este apartado nos valdría sólo enfatizar, como en María hay una total armonía entre su consagración definitiva a Dios y la disposición, ejemplar, para llevar adelante la misión encomendada por su Señor: es la Virgen fecunda, la Madre virginal. Es a la vez la imagen perfecta de lo que significa la virginidad cristiana: mujer consagrada totalmente a Dios y mujer que mantiene incorrupto su cuerpo. Desde el «*fiat*» de la Encarnación, en María no hay una motivación que su entrega definitiva a la obra redentora de su Hijo; ha sabido convertirse en su discípula perfecta y se presenta para nosotros en modelo, o prototipo, de lo que es la Iglesia: «*Ecclesia Virgo*». Hemos visto ya en María como su ser virginal enloba y da sentido a su vida, veamos ahora como la Iglesia es Virgen, teniendo a María como su prototipo y modelo ideal.

¹²⁹ Cf. *Io. Eu. Tr.* 10,3; CCL 36,102.

¹³⁰ Cf. *En. Ps.*, 127,12 ; CCL 40,1877.

2. La Iglesia Virgen

El misterio de la Encarnación es advertido por S. Agustín como el desposorio del Verbo con la carne humana, que preanuncia la unión conyugal de Cristo con su Iglesia. Asumiendo la carne humana, Cristo asume la Iglesia¹³¹:

“Del libro del génesis, que habla de Adán y Eva, son estas palabras: *Por lo cual dejará el hombre al padre y a la madre y se unirá a su esposa, y serán dos en una carne.* Si, pues, Cristo se une a la Iglesia con el fin de ser dos en una carne, ¿en qué sentido se puede decir que deja a su padre y a su madre? Deja a su Padre, porque el que es Dios por naturaleza, y no es usurpación su igualdad con Dios, no obataste se anonadó a sí mismo asumiendo la forma de esclavo [...] ¿Cómo dejó a su madre? Abandonando la sinagoga de los judíos, de la que nació según la carne, y uniéndose a la Iglesia, que es unidad de todas las naciones”¹³².

Para el hiponense la Iglesia es el pueblo de Dios peregrinante por esta tierra desde la existencia misma de los hombres¹³³, extendida por todo el orbe y unida a Cristo como su esposo y Señor. Esta Iglesia, esta humanidad, fue encontrada por Cristo hundida en el pecado:

“Ahora, ¿qué sigue? La tierra se deslizó. Si se deslizó la tierra, ¿a qué fue debido sino a los pecados? Los pecados se llaman delitos porque *delinquere* (delinquir) es como deslizarse *quodam liquido* (cierto líquido) de la estabilidad, de la firmeza de la virtud y de la justicia. Todos pecan por el deseo de las cosas inferiores. Así como el hombre se afianza por el amor a las cosas superiores, así se desvanece o desliza y como se licúa por el deseo de las inferiores”¹³⁴.

A esta Iglesia, redimida de toda mancha y arruga a través del misterio pascual¹³⁵, Cristo la ha convertido en virgen. Ha transformado Cristo a su Iglesia de la corrupción y del pecado, y la ha convertido en Iglesia pura, redimida,

¹³¹ Cf. G. Madec, *Le Christ de Saint Augustin*, 155: «Il y a donc, dans, l'esprit d'Augustin, une sorte d'union hypostatique entre le Christ et l'Église ; une incarnation ecclésiale, et c'est dans cette perspective qu'Augustin envisage la personnalité du Christ, sa psychologie et sa vie affective, indissociablement individuelles et collectives».

¹³² Cf. *Io. Eu. Tr.* 9,10; CCL 36,96.

¹³³ Cf. *Serm.*, 341,11; PL 39,1499.

¹³⁴ Cf. *En. Ps.* 74,6; CCL 39,1029.

¹³⁵ La Iglesia renovada y santificada nace para el hiponense del costado mismo de

limpia; ha hecho virgen a la Iglesia¹³⁶ limpiándola de todas sus faltas: «Lejos de nosotros el pensar que Cristo al nacer privó a su madre de la virginidad, él que hizo virgen a su Iglesia liberándola de la fornicación de los demonios»¹³⁷.

S. Agustín ve este estado virginal de la Iglesia reflejado en la figura de María¹³⁸; por eso si María es virgen, el santo recuerda que la Iglesia es también virgen:

*“También la Iglesia, como María, goza de la perenne integridad virginal y de incorrupta fecundidad. Lo que María mereció tener en la carne, la Iglesia lo conservó en el espíritu; pero con una diferencia: María dio a luz uno solo; la Iglesia alumbró a muchos, que han de ser congregados en la unidad por aquel único”*¹³⁹.

Dos textos bíblicos dan pie a al santo africano para referirse a la Iglesia como virgen. El primero de ellos es Mt 25,1-13, que recoge la parábola de las diez vírgenes; haciendo la exégesis de este texto el santo afirma: «Para que lo sepa vuestra santidad, repito, a toda la Iglesia, que consta de vírgenes y niños, de mujeres y varanos casados, se le designa con el único nombre de virgen»¹⁴⁰. Indudablemente que el santo no se está refiriendo a una virginidad física de la Iglesia, sino que amplía la noción de virginidad y la extiende al campo espiritual; el hiponense habla de una «virginidad espiritual» para referirse a la virginidad de la Iglesia¹⁴¹.

Cristo en la cruz, cf. *Serm.*, 336,5; PL 38,1475: «Eva, pues, de quien tomó comienzo el pecado, fue formada del costado del varón. Cuando esto aconteció, él yacía durmiendo; Cristo pendía muerto cuando lo otro sucedió. Sueño y muerte son parientes; lo mismo un costado y otro costado: el Señor fue herido en el lugar de los pecados. Pero de un costado fue creada Eva, que, pecando, nos llevó a la muerte, y del otro fue hecha la Iglesia, que nos engendranos, nos dio la vida».

¹³⁶ Cf. J. Saint-Martin, ed., *Oeuvres de Saint Augustin*, 3, 523: «Saint Augustin appelle l'Église vierge, avec une insistance qui suppose une doctrine ferme et bien établie [...] Il s'élève à la notion fondamentale de l'Église que résume l'expression Corps mystique, c'est-à-dire l'humanité sanctifiée par le Christ, vivant de sa grâce, ne faisant qu'un avec lui».

¹³⁷ Cf. *Serm.*, 191,3; PL 38,1011.

¹³⁸ Cf. A-M. Henry, «Virginité de l'Église, Virginité de Marie», 30-32.

¹³⁹ Cf. *Serm.*, 195,2; PL 38,1018.

¹⁴⁰ Cf. *Serm.*, 93,4; PL38,575.

¹⁴¹ Cf. M. Agterberg, «Saint Augustin exégète de l'Ecclesia virgo», 245: «Il est évident que pour saint Augustin, le sens courant de virginité est à chercher chez les

El segundo texto que permite al santo hablar de la Iglesia como virgen es 2Cor 11,2-3, en el cual el apóstol Pablo se refiere a la comunidad de Corinto como virgen casta esposada a Cristo; haciendo también exégesis a este texto nuestro autor comenta:

“Escuchad lo que dice el Apóstol no sólo a las *sactimoniales*, sino, al contrario, a toda la Iglesia: *Os he desposado con un único varón para mostraros a Cristo como una virgen casta* [...] Pocas son las que tienen la virginidad corporal; todas en cambio, deben tenerla en el corazón”¹⁴².

Hay, pues, para el santo, a raíz de este texto paulino¹⁴³, una virginidad que va más allá de lo simple fisiológico, es la «virginidad del alma, del corazón», a la que están llamados todos los que conforman la Iglesia de Cristo.

Si es cierto que una parte de la Iglesia, representada en las vírgenes consagradas, vive una virginidad íntegra desde el aspecto físico, esta virginidad física no puede ser aplicada a toda la Iglesia¹⁴⁴, por tanto la virginidad toda de la Iglesia ha de ser de otro orden: el espiritual.

Para S. Agustín la virginidad de la Iglesia radica en que ésta guarda íntegra su fe en Cristo.

Es en esta perspectiva que S. Agustín retoma la ejemplaridad que ofrece María a la Iglesia, en tanto que: si María es virgen en el cuerpo así la Iglesia es virgen por la integridad de la fe que conserva; este paralelo lo presenta el santo así:

“La virginidad que Cristo pensaba abrigar en el corazón de su Iglesia, la anticipó en el cuerpo de María. En el matrimonio humano, la mujer

sanctimoniales. Il existe toutefois une virginité figurée, spirituelle, laquelle consiste dans l’innocence de l’âme. L’âme est innocente grâce à la continence des sensations illicites. Cette maîtrise des sens, dont la *virginitas animae* est une conséquence, se situe sur le plan de l’agir humain et ainsi la virginité d’âme devient une valeur morale. Fait notable, la maîtrise des sens et la virginité de l’âme semblent, selon la conception d’Augustin, être exclusivement le propre des chrétiens».

¹⁴² Cf. *Serm.*, 93,4; PL38,575.

¹⁴³ Cf. M. Agterberg, «Saint Augustin exégète de l’*Ecclesia virgo*», 251: «La doctrine de la virginité générale des fidèles est scripturaire, non pas en vertu de la parabole (Mt 25,1-13) mais en vertu de 2Cor 11,2-3. Ce dernier texte côtoie comme texte évident la parabole obscure».

¹⁴⁴ Cf. M. Agterberg, «L’*Ecclesia virgo* et les *Santimoniales*», 7: «Ici sur terre, la virginité de l’Église n’implique pas nécessairement la virginité stricte des *sanctimoniales*.

se entrega al esposo para dejar de ser virgen; la Iglesia, en cambio, no podría ser virgen si no hubiera sido hijo de una virgen el esposo al que fue entregada"¹⁴⁵.

Y en otro sermón el santo es aun más expresivo:

"Estas palabras que hemos recordado del Cantar de los Cantares – epitalamio del Esposo y de la Esposa- nos hablan de unas bodas espirituales que demandan de nosotros una gran pureza; porque a la Iglesia le concedió Cristo ser espiritualmente lo que su madre corporalmente: madre y virgen"¹⁴⁶.

La virginidad de la Iglesia transparenta una fe pura e íntegra e su esposo, Cristo, que la ha transformado en virgen para sí:

"Vino él y la convirtió en virgen; hizo virgen a la Iglesia. Es virgen en la fe; tiene pocas vírgenes según la carne, las santimoniales; pero según la fe, todos deben ser vírgenes, tanto las mujeres como los varones. Ha de existir la castidad, la pureza y la santidad referidas a la fe"¹⁴⁷.

Podríamos preguntarnos a qué tipo de fe se refiere S. Agustín cuando habla de la virginidad de la Iglesia, reflejada en la integridad de su fe. Es evidente que la Iglesia ha recibido un dato de fe, heredado de los apóstoles, que lo conserva y lo transmite a sus hijos, es lo que se ha llamado el *depositum fidei* de la Iglesia. Aceptar este dato de fe, transmitido por la Iglesia, constituye el dato

En formulant cette thèse, nous voulons souligner que, dans la pensée augustinienne, la virginité stricte n'est point la seule forme possible du caractère virginal de l'Église». En el siguiente texto S. Agustín expresa muy claramente esta realidad: cf. *Io. Eu. Tr.*, 13,12; CCL 36,137: «Llama virgen a toda la Iglesia. En la Iglesia hay miembros diversos, que, como veis, poseen y gozan de diversos dones. Hay casados y casadas; hay viudas y viudos, que rehúsan segundas nupcias; los hay que conservan su integridad desde su primera infancia, y los hay también que han consagrado a Dios con voto su virginidad. Los dones son diversos, pero todos ellos son una sola virgen ¿Dónde radica esta virginidad? Porque no en el cuerpo. Es de muy pocas mujeres esa virginidad, y si en los varones puede hablarse de virginidad, son también pocos los que conservan en la Iglesia la santa integridad corporal: éstos son los miembros más honrosos; los demás miembros no conservan la virginidad en el cuerpo, pero sí en la mente (en el espíritu)».

¹⁴⁵ Cf. *Serm.*, 188,4; PL 38,1005.

¹⁴⁶ Cf. *Serm.*, 138,9; PL 38,768.

¹⁴⁷ Cf. *Serm.*, 213,8; MA 1,447.

objetivo de la fe: la aceptación íntegra de todo un conjunto conjunto de verdades. S. Agustín es consciente y ama este *depositum fidei* de la Iglesia, el cual defiende sin descanso frente al cruel ataque de los herejes.

Pero la fe implica también una experiencia personal, subjetiva, que sabe hacer vida en el corazón el dato de fe recibido; es aprender a abandonarse en el Dios que siempre nos habla, viviendo desde la esperanza y del amor. El santo obispo se refiere, precisamente, a la fe entendida en este ámbito completamente existencial o experiencial, cuando habla de la integridad de fe de la Iglesia.

El santo concibe aquí la fe como el saberse abandonar completamente la Iglesia en las manos de su esposo; es la fidelidad absoluta que la Iglesia guarda a su esposo, es el amor incondicional que la Iglesia profesa a Cristo como su esposo y señor. A tener esta experiencia de fe, que va más allá de asumir cualquier dato doctrinal o dogmático, invita el santo obispo a todos los que dicen creer en Cristo:

“Cree, pues, en Cristo quien espera en Cristo y ama a Cristo. Porque, si uno tiene fe sin esperanza y sin amor, cree que hay Cristo, no cree en Cristo. Ahora bien, quien cree en Cristo, Cristo viene a él y en cierto modo se une a él, y queda hecho miembro suyo, lo cual no es posible si a la fe no se le junta la esperanza y la caridad”¹⁴⁸.

Esta virginitad de la fe la define el mismo santo como la integridad de la fe, de la esperanza y de la caridad¹⁴⁹, que mueve a la Iglesia a vincularse más profundamente con Cristo.

La virginitad de la Iglesia es, pues, según la enseñanza de S. Agustín, un virginitad «in corde», que hace referencia, en forma prioritaria, a María la Virgen-Madre.

La Iglesia virgen acoge con una disponibilidad de espíritu semejante a la de María al hijo de Dios, pues si la virginitad de María es un cuerpo intacto, la virginitad de la Iglesia es la fe incorrupta: «Así, pues, la Iglesia, imitando a la madre de su Señor, dado que en el cuerpo no pudo ser virgen y madre a la vez, lo es en la mente»¹⁵⁰.

¹⁴⁸ Cf. *Serm.*, 144,2; PL 38,788.

¹⁴⁹ Cf. *Io. Eu. Tr.*, 13,12; CCL 36,137.

¹⁵⁰ Cf. *Serm.*, 191,3; PL 38,1010-1011.

La Iglesia virgen está consagrada a su esposo, Cristo-Jesús, el que guarda y mantiene la integridad de su esposa. Es a este esposo a quien la Iglesia sigue y ha de seguir siempre. La Iglesia misma hace un continuo esfuerzo en cada uno de sus miembros para unirse más íntimamente a Cristo, su Señor, pues solamente así encontrará sentido su integridad virginal:

“A todos se ha dicho: *Quien quiera seguirme, niéguese a sí mismo*. No es cosa que deban oír sólo las viudas y no las esposas; o sólo los monjes y no los casados; o sólo los clérigos y no los seglares; sino que es toda la Iglesia, la totalidad del cuerpo, todos los miembros con sus funciones propias y distintas, la que ha de seguir a Cristo. Sígale la Iglesia única en su totalidad, sígale la paloma, la esposa, la redimida y la que recibió la sangre de Cristo”¹⁵¹.

La Iglesia encuentra, de esta forma, su modelo en la madre de Jesús; a imitación de María la Iglesia engendra a Cristo, y en semejanza a María la Iglesia mantiene una perpetua virginidad: *in corde* es virgen de Cristo.

2.1 La virginidad de la mente

Puede darnos la impresión que cuando el doctor africano habla de la virginidad de la Iglesia se refiera a una virginidad en un sentido totalmente abstracto.

Decir que la Iglesia es virgen implica una necesaria concreción de dicha virginidad. El obispo de Hipona es consciente de ello, por eso es categórico en afirmar que esta virginidad de la Iglesia se concretiza, o evidencia, en la virginidad de los creyentes¹⁵²; dicho en otras palabras, en la virginidad de los creyentes reside la virginidad de la Iglesia:

“Mas para que sepa vuestra santidad que no es inoportuno dar el nombre de virgen a cualquier alma, de hombre o de mujer, basándonos no en el cuerpo, sino en el alma y en la integridad de la fe, fe por la cual se abstiene de las cosas ilícitas y se ejecutan las obras buenas; para que lo sepa vuestra santidad, repito, toda la Iglesia, que consta de

¹⁵¹ Cf. *Serm.*, 96,9; PL 38,588.

¹⁵² Cf. M. Agterberg, «L'Ecclesia-Virgo et la Virginitas Mentis», 221: «Car, pour le Docteur africain, c'est dans la virginité des croyants que réside la virginité de l'Église, et la façon dont est fait appel à 2Cor 11,3 illustre fort bien ses vues».

vírgenes y niños, de mujeres y varones casdos, se la designa con el único nombre de virgen"¹⁵³.

Pero veamos qué entiende el santo hiponense por virgindad de los creyentes. La virgindad de los creyentes la llama el santo *virginitas mentis* (virgindad del espíritu o de la mente) y que consiste, según palabras del mismo obispo, en la integridad de la fe, que unida a la esperanza y a la caridad, debe ser vivida plenamente por cada fiel, o miembro de la Iglesia¹⁵⁴; es aquí donde se evidencia la virgindad de la Iglesia.

El santo africano con el sustantivo «mens» o mente, recoge todas las facultades y las actividades interiores y conscientes que el hombre realiza, unidas por supuesto a su inteligencia y voluntad¹⁵⁵; pero cuando precisa o habla de una *virgindad de la mente* se refiere a una mente renacida, resucitada, transformada por la acción de Dios en el hombre, gracias a la fe: «Hay, en efecto, una resurrección en la fe, según la cual todo el que cree resucita en el espíritu. Y resucitará para su bien en el cuerpo aquel que haya resucitado antes en el espíritu»¹⁵⁶, argumentará el mismo santo.

Piensa, de hecho, al referirse a la mente, en ese conjunto de actividades psíquicas, o intelectuales, que caracterizan a ese hombre resucitado que ya vive por y para Dios. Es una mente vivificada por Dios e identificada con la fe, la esperanza y la caridad. En tal sentido hay, pues, una equivalencia entre *virginitas mentis* y *virginitas cordis*, en tanto que en ambos conceptos se recoge la virgindad, o mejor la integridad de la fe, esperanza y caridad, que posee el espíritu del hombre que ha renacido en Cristo, y que ha sido renovado por la acción del espíritu¹⁵⁷.

Es por ello que el santo obispo recuerda a cada cristiano, miembro de la Iglesia, que debe vivir en la pureza íntegra de la fe que ha recibido y que le ha transformado. Y vivir esta integridad de la fe se traduce en una vida de adhesión

¹⁵³ Cf. *Serm.* 93,4; PL 38,575.

¹⁵⁴ Recordemos la definición exacta que ya daba S. Agustín sobre la «virginitas mentis»: cf. *Io.Eu.Tr.*, 12,13; CCL 36,137: «¿Cuál es la virgindad del espíritu o de la mente? Una fe íntegra, y una esperanza sólida y una caridad sincera».

¹⁵⁵ Cf. M. Agterberg, «L'Ecclesia-Virgo et la Virginitas Mentis», 268.

¹⁵⁶ Cf. *Serm.*, 362,23; PL 39,1627.

¹⁵⁷ Cf. M.-F. Berrouard, «L'Eglise Vierge et la virginité de l'esprit», 936.

total a Dios, de práctica de las virtudes y de defensa de la doctrina revelada, que la Iglesia hace suya como verdadero tesoro; gracias a esta integridad de la fe Cristo habita en cada uno de los creyentes:

“Observad, por ende, dónde tienes a Cristo, pues Cristo mora en ti por la fe. Cristo, dice el Apóstol, *habita en vuestros corazones por la fe*. Para que tu fe sea íntegra, oponle al perseguidor todo lo demás y guardarás incólume el centro de tu vida [...] Por ende, si Cristo por la fe mora en el corazón cristiano, será menester, para salvaguardar la fe, o digamos para que Cristo siga en el creyente, despreciar cuanto pueda herir o quitar el perseguidor, y antes perezca todo por la fe que la fe por todo ello”¹⁵⁸.

Y en otro sermón vuelve a reafirmar esa exigencia de vivir conforme a la fe:

*“Confiemos, pues en Dios, hermanos. El primer precepto, es decir, el inicio de nuestra religión y de nuestro caminar, es tener el corazón anclado en la fe, y teniéndolo así, vivir bien, abstenerse de bienes engañosos, soportar los males temporales y, cuando los primeros halagan y los segundos amenazan, tener el corazón firme frente a una y otra cosa, para que no te dejes llevar por las primeras ni cedas antes las segundas. Teniendo, pues, continencia y aguante, una vez pasados los bienes temporales, cuando tampoco nos puedan sobrevenir males, tendrás como bien a Dios y no sufrirás mal alguno”*¹⁵⁹.

La Iglesia, por tanto, es para el santo una virgen, una persona mística, una unidad totalmente misteriosa en la multiplicidad de sus miembros, los cuales han logrado revestir su existencia personal de una limpieza de mente y de corazón¹⁶⁰, que mantienen esta *virginitas mentis*, esta integridad de la fe:

“A uno y a otro sexo se les representa por una mujer, por la Iglesia; y ambos sexos, es decir la Iglesia, se la llama virgen: *Os desposé con un solo varón para presentaros, cual virgen casta, a Cristo*. Pocos poseen la virginidad de la carne; la del corazón deben poseerla todos. La virginidad de la carne consiste en la pureza del cuerpo; la virginidad del corazón, en la incorruptibilidad de la fe. Luego toda la Iglesia se denomina virgen, y el pueblo

¹⁵⁸ Cf. *Serm. Mai*, 20,2; MA 1,312.

¹⁵⁹ Cf. *Serm.*, 38,4; CCL 41,408.

¹⁶⁰ Cf R. Palmero Ramos, «*Ecclesia Mater*» en *San Agustín*, 75.

de Dios se nombra con género masculino. Ambos sexos son pueblo de Dios, un pueblo y un solo pueblo»¹⁶¹.

Y más adelante continúa el santo afirmando: «Desde el punto de vista de la fe, todos en ella deben ser vírgenes, hombres y mujeres, porque todos deben ser castos, puros, santos»¹⁶²; ha de existir en todos los miembros de la Iglesia la castidad, la pureza y la santidad referidas a la fe.

S. Agustín es consciente que esta virginidad del creyente, y en correspondencia la de toda la Iglesia, puede ser seducida, violada¹⁶³. De la forma menos inesperada llegan los asaltos de la concupiscencia y es allí donde tiene que luchar, el hombre de fe, para no ser derrotado por la misma; la derrota sería la fornicación del alma, que se opone a la adhesión a Dios¹⁶⁴.

Sobre este peligro alerta fuertemente S. Agustín: ¿quién puede seducir al hombre a dejarse arrastrar por su concupiscencia y perder la integridad de la fe?, pues el demonio mismo; si el hombre se deja seducir por el enemigo, pierde su integridad como creyente:

“¿Queréis saber que es virgen? Escuchad el apóstol, oíd al amigo del esposo, celoso de él, no de sí mismo: *Os he desposado*, dice, *a un único varón*. Lo decía a la Iglesia; ¿a qué Iglesia?, a la de cualquier lugar donde esta pudiera llegar: *Os he desposado a un único varón para mostraros a Cristo como virgen casta*. Temo, no obstante, dijo, *que como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así vuestras mentes se aparten, corrompidas, de la castidad que residí en Cristo*. El temor a la corrupción es señal de virginidad. Temo, dijo, *que como la serpiente engañó a Eva con su astucia*. ¿Acaso aquella serpiente tuvo comercio carnal con Eva? Sin embargo, extinguió la castidad de su corazón. Temo, dijo, *que vuestras mentes se aparten, corrompidas, de la castidad que reside en Cristo*. Así, pues, la Iglesia es

¹⁶¹ Cf. *En. Ps.*, 147,10; CCL 40,2146.

¹⁶² Cf. *Serm.*, 213,8; MA 1, 447.

¹⁶³ Cf. J. García Álvarez, «Las dimensiones de la virginidad», 222: «La Iglesia es el conjunto de todos los fieles, y por lo mismo la virginidad de la fe ha de ser guardada por cada miembro de la Iglesia, pero la virginidad de la fe se corrompe por el error, por la enfermedad de la inteligencia y del corazón, es decir, del hombre interior. La virginidad se pierde con el desorden del corazón, con el desorden del amor».

¹⁶⁴ Cf. *En. Ps.*, 72,27-28; CCL 39, 1000.

virgen. Es virgen, siga siéndolo; guárdese del seductor, no sea que encuentre en él un corruptor”¹⁶⁵.

Y en otro semón es aún más expresivo el santo en su llamado a custodiar esta virginidad de la fe:

“Manteniendo, pues, esto, no os sorprenda las cuestiones humanas, que, según palabras del Apóstol, se propagan como el cáncer; antes bien, custodiad vuestros oídos y la virginidad de vuestra mente, como desposados por el amigo del esposo a un solo varón para mostrarnos a Cristo como virgen casta. Vuestra virginidad, pues, está en la mente. La virginidad corporal la poseen pocos en la Iglesia; la virginidad de la mente debe hallarse en todos los fieles [...] El Apóstol temió que se corrompieran nuestras mentes donde se halla la virginidad de la fe. Ahora, ¡oh alma! Ponte en marcha, concerva tu virginidad, que ha de ser fecundada luego en el abrazo de tu esposo”¹⁶⁶.

Son varios los ámbitos desde los cuales los cristianos pueden perder la virginidad de su fe. Un primer aspecto de esta pérdida de la virginidad, está significado en el hecho de que el cristiano acoja en su corazón cualquier tipo de doctrina errónea, cualquier herejía¹⁶⁷, que se contraponga a la verdadera doctrina de fe, de la cual la Iglesia es poseedora.

Si la doctrina de fe se corrompe por consentir los creyentes la predicación de falsos apóstoles, entonces se corrompe el espíritu de la Iglesia misma, cayendo ésta en la infidelidad y olvido de su único esposo, Cristo, y por tanto perdiendo su virginidad y su integridad, como una vez perdió Eva, al dejarse seducir por la serpiente.

En el siguiente texto S. Agustín expone como adulteran su fe los que siguen la corriente docetista de negar la verdadera humanidad de Cristo:

“En realidad, hermanos, corrompen su fe quienes prefieren la mentira a la verdad. El que crea que se honra a Cristo negándole carne real, lo que hace es presentarle como un impostor. Quienes edifican en los hombres la mentira,

¹⁶⁵ Cf. *Serm.*, 213,8; MA 1,448.

¹⁶⁶ Cf. *Serm.*, 341,5; PL 39,1496.

¹⁶⁷ Cf. M.-F. Berrouard, «L’Eglise Vierge et la virginité de l’esprit», 936: «C’est l’hérésie, en tant que négation d’une vérité de foi, qui rend l’âme adultère et lui fait perdre sa virginité

¿qué desalojan de ellos sino la verdad? Introducen al diablo y echan fuera a Cristo; meten dentro al adúltero y excluyen de allí al esposo”¹⁶⁸.

La serpiente, el maligno, sigue aún tentando a los hombres a prestar oídos a la doctrina arriana que despoja a Cristo de su divinidad:

“El problema arriano turbó a los hermanos débiles de la Iglesia; mas, con la misericordia del Señor, triunfó la fe católica. No abandonó él a su Iglesia, y si temporalmente la llenó de turbación, fue para que continuamente le suplicara a él, por quien iba a ser cimentada sobre roca firme, La serpiente sigue susurrando aún y no calla. Con cierta promesa de ciencia, busca arrojar del paríso de la Iglesia a los cristianos para no permitirles volver al paraíso aquel del que fue arrojado el primer hombre”¹⁶⁹.

Con mucha razón señala el obispo africano que la seducción de la lengua profana la virginidad del corazón¹⁷⁰; es esta, precisamente, la herramienta de los herejes: el seducir con la palabra para arrebatara la integridad de la fe a los cristianos. En tal sentido advierte el santo como los donatista, creyéndose los auténticos cristianos, y con el poder de bautizar¹⁷¹ pues se creían la verdadera Iglesia, engañando a los cristianos no quieren aparecer como aquellos que los apartan de Cristo, sino al contrario como aquellos que los atraen a Cristo:

“¿Pues qué dicen ahora ciertos herejes al cristiano católico? Ven; sé cristiano. Se dice: Sé cristiano, para que se responda: ¿no soy? Una cosa es decir ven, sé cristiano, y otra ve, niega a Cristo. Esto último es un mal clarísimo: el rugido del león se oye de lejos, y de lejos se evita. El escurridizo dragón se acerca reptando, con ocultos engaños, arrastrándote con tenue paso, susurrando con astuto silbido, y no dice: Niega a Cristo. Porque ¿quién de los mártires coronados le oyó hablar

[...] l’hérésie est, pour Augustin plus qu’une erreur intellectuelle, qu’elle est un péché qui, comme tous les autres, comporte les trois éléments de la concupiscence, de l’orgueil et de l’erreur et que la foi, dans ce contexte, est á comprendre au sens biblique, comme orientation de l’esprit humain vers Dieu, le seul auquel on puisse adhérer chastement, et donc comme inséparable de l’espérance et de la charité».

¹⁶⁸ Cf. *Io. Eu. Tr.*, 8,5; CCL 36,85.

¹⁶⁹ Cf. *Serm.*, 341,5; PL 39,1496.

¹⁷⁰ Cf. *Io.Eu.Tr.*, 13,12; CCL 36,137.

¹⁷¹ S. Agustín señala como una de las prácticas de los donatitas era rebautizar a los católicos, cf. *Haer.*, 1,69,1; CCL 46,332: «También se atreven a rebautizar a los católicos, en

de este modo? Pero dice: Sé cristiano. Mas el cristiano, al sentir o percibir esta voz extraña, si aún no le penetró el veneno inoculado, responde: Soy verdaderamente cristiano. Por el contrario, si se conmueve y ha sido mordido por el diente del dragón, responde: ¿por qué me dices que sea cristiano?; pues qué ¿no soy cristiano? Entonces el dragón le contesta: No ¿No soy en verdad? No. Entonces hazme ahora cristiano si no lo soy. Ven. Por tanto, cuando el obispo (donatista) te pregunte quién eres, no quiere que digas soy cristiano o fiel, sino que digas: No soy, para que puedas serlo. Pues al oír la manifestación del fiel cristiano, no se atreverá a rebautizarte. Pero si oye que no eres cristiano, te proporcionará el bautismo como si no lo tuvieses, y así él aparece como si no tuviera culpa, porque obra según tu confesión”¹⁷².

Así en la mente del doctor africano, los herejes y los cismáticos, que atentan contra la unidad de la Iglesia, al atacar la verdadera fe, son portavoces, heraldos de la serpiente infernal; por tanto exhorta a los cristianos: «Nadie os corrompa esta fe si queréis conservar para el esposo casta virginidad»¹⁷³.

También violan la virginidad de la fe aquellos cristianos que caen en la práctica del politeísmo y de la idolatría, ya que quien destrone a Cristo de su corazón para poner en su lugar cualquier otro dios o ídolo, es un adúltero:

“Existen hombres adúlteros, hombres fornicarios: hablaremos sobre ellos. Son almas fornicarias aquellas que se entregan tropemente a un sinnúmero de dioses falsos. Son almas adúlteras las que, estando unidas en legítimo matrimonio con Dios, no guardan la castidad del vínculo sagrado. Hablaré con más precisión: el alma del pagano es fornicaria; el alma del cristiano es adúltera. El alma fornicaria del pagano no tiene varón legítimo y está corrompida en cuanto se entrega a diversos demonios ¿Por qué es adúltera el alma del cristiano malo? Porque ni ama la pureza ni abandona al esposo”¹⁷⁴.

lo cual se confirma que ellos son más herejes, cuando a toda la Iglesia católica no le agrada anular el bautismo común ni en los mismos herejes».

¹⁷² Cf. *En. Ps.*, 39,1; CCL 38,425.

¹⁷³ Cf. *Io. Eu. Tr.*, 8,7; CCL 36,86.

¹⁷⁴ Cf. *Serm.*, 15,3; CCL 41,195.

Son también infieles Cristo las almas que se dan a las prácticas esotéricas, astrológicas, etc:

“Unico es tu Dios, adora a un solo Dios. Tú, abandonando a tu único Dios, que es como el marido legítimo del alma, quieres fornicar con muchos demonios; y, lo que es más grave, no obras como si abandonararas y repudiaras directamente a Dios, como hacen los apóstatas, sino que te quedas en la casa de tu marido y ahí admites a los adúlteros. Quiero decir que, como cristiano, no abandonas la Iglesia, pero consultas a los matemáticos, arúspices, augures y maléficos. Como alma adúltera, no dejas la casa de tu marido, y quedándote en su compañía fornicas”¹⁷⁵.

S. Agustín, por consiguiente, no duda en sustentar que esta virgindad de los fieles es inseparable de la virgindad de la Iglesia: «En la custodia inviolada de la fe existe también una cierta virgindad, por la que la Iglesia, casta virgen, se une a un solo varón»¹⁷⁶. Si esta virgindad de los fieles se ve violada, dañada, también sufre y se ve afectada la virgindad de la Iglesia; por tanto, quien dice virgindad de los fieles, dice virgindad de la Iglesia. Si bien es cierto que esta Iglesia virgen vive todavía en medio de un mundo marcado por el pecado, y que al interno de ella, aun hay restos del hombre viejo, la misma se mantiene unida a su esposo por una fe, esperanza y caridad íntegras, ya que es el mismo esposo, Cristo, el que dispone y adorna con estas virtudes a su esposa, la Iglesia.

Es así como nuestro obispo no se cansa de invitar a sus feligreses a vivir íntegramente su fe, a convertir esta fe en el vestido cotidiano que revista la mente y el corazón, de modo que no queden a la intemperie y se vean acorralados por las asechanzas de la serpiente infernal, que busca violar la virgindad del corazón:

“Tu Símbolo sea para ti como un espejo, que te recuerda tu fe y en el que puedas mirarte. Mírate en él, ve si crees todas las cosas que confiesas creer y regocíjate a diario en tu fe. Sean ellas tus riquezas; sean, por decirlo así, el vestido diario de tu mente ¿No te vistes, acaso, cuando te levantas de la cama? Viste igualmente tu alma con el recuerdo de tu Símbolo, no sea que el olvido la desnude y, una vez desnuda, se cumpla en ti – Dios no lo quiera- lo que dice el Apóstol: Aunque despojados,

¹⁷⁵ Cf. *Serm.*, 9,3; CCL 41,111.

¹⁷⁶ Cf. *Virg.*, 48; CSEL 41,294.

*no seamos hallados desnudos (2Cor 5,3). Nuestra fe será nuestro vestido; será también nuestra túnica y nuestra coraza: túnica contra la vergüenza, coraza contra la adversidad. Cuando hayamos llegado a lugar en que reinaremos, no será necesario recitar el Símbolo. Veremos a Dios; el mismo Dios será para nosotros objeto de contemplación; la contemplación de Dios será la recompensa de nuestra fe*¹⁷⁷.

No podemos concluir este punto, tan significativo en la teología agustiniana, sin decir una palabra en torno a las vírgenes consagradas, las cuales ocupan un lugar sumamente importante al interno de la Iglesia.

La virginidad de la Iglesia, como una realidad espiritual, se constituye en el parámetro de referencia para el ideal de la virginidad consagrada¹⁷⁸, de hecho la Iglesia es la madre de todas las vírgenes¹⁷⁹:

“Esta familia de vírgenes ninguna fecundidad corporal la engendra, ni es hija de la carne y de la sangre. Si buscamos su madre, es la Iglesia. No puede engendrar sagradas vírgenes más que una virgen sagrada, aquella que *ha sido desposada con un único varón para ser presentada inmaculada a Cristo*. De ella, que no es enteramente virgen en el cuerpo, pero es toda virgen en el espíritu, nacen santas vírgenes en el cuerpo y en el espíritu”¹⁸⁰.

El fundamento de la consagración virginal sólo puede hallarse en la persona de Cristo; la virginidad del cuerpo tiene sentido en tanto que encuentra

¹⁷⁷ Cf. *Serm.*, 58,13; PL 38,399.

¹⁷⁸ Cf R. Palmero Ramos, «*Ecclesia Mater*» en *San Agustín*, 96: «La teología agustiniana no concibe una virginidad en abstracto, sino una virginidad de todos los creyentes, que trata de realizarse plenamente en unos pocos. De ahí que, en las almas consagradas a Dios, esta virginidad corporal se explique como prolongación y fruto de la Iglesia virgen».

¹⁷⁹ Cf. M. Agterberg, «*L'Ecclesia virgo et les Santimoniales*», 35: «En elles (santimoniales) l'Église porte sa propre virginité à son plus bel épanouissement. Ainsi, la virginité, c'est-à-dire l'intégrité de corps et d'esprit, ne peut jamais être dissociée de la virginité de l'Église, car la première n'est que le prolongement et la manifestation de cette dernière».

¹⁸⁰ Cf. *Virg.*, 11; CSEL 41,244.

su asidero en la virgindad del corazón, que no es otra cosa que estar totalmente unido a Cristo:

"Tampoco tiene su honor la virgindad por ser integridad, sino por estar consagrada a Dios, y aunque se custodie la carne, se conserva por el espíritu de devoción y religión. Por ello es también espiritual la virgindad del cuerpo consagrada y custodiada por la piedad. Nadie hace un uso impuro de su cuerpo sin antes no concibe espiritualmente la maldad y, de igual modo, nadie guarda la pureza del cuerpo si no ha implantado antes la castidad en su espíritu. Y si la pueraza conyugal, aunque se conserve en la carne, se atribuye no a la carne, sino al alma, que la rige y gobierna para impedir todo comercio ilícito, ¿con cuánta mayor razón y honra se ha de contar entre los bienes del alma la continencia, por la que se ofrece, consagra y conserva la integridad del cuerpo en honor del Creador del alma y del cuerpo?"¹⁸¹.

La virgindad física corrobora la consagración interior del corazón, de la mente, al esposo que es Cristo; en consecuencia las vírgenes sólo encuentran sentido a su virgindad en tanto que siguen a Cristo incondicionalmente; Cristo se convierte para ellas en su plenitud, en su vida; de allí que santo hiponense afirme tan categóricamente:

"El gozo de las vírgenes de Cristo será de Cristo, en Cristo, con Cristo, tras Cristo, mediante Cristo y por Cristo. Los gozos singulares de las vírgenes de Cristo no serán como los de los no vírgenes, aunque también de Cristo. A cada uno de los propios, pero a nadie semejante a aquellos. ¡Id a gozar de ellos, seguid al Cordero, pues también es virgen su carne! El ha conservado en sí lo que no quitó a su madre ni al ser concebido en su nacimiento. Con razón le seguís donde quiera que vaya con la virgindad del corazón y de la carne"¹⁸².

Las vírgenes han de considerar su consagración a Dios como un don recibido de parte del mismo Dios; por ello tanto la humildad como la caridad han de ser los dos renglones que estructuren, o den forma, a su vida como seguimiento de Jesús; por ello afirma el santo:

¹⁸¹ Cf. *Virg.*, 8; CSEL 41,242.

¹⁸² Cf. *Virg.*, 27; CSEL 41,265.

“Todos los cristianos, por tanto, deben custodiar la humildad, ya que su nombre de cristianos viene de Cristo, cuyo Evangelio nadie podrá mirar con diligencia sin verle en él como Doctor de la humildad [...] Y como la perpetua continencia, y principalmente la virginidad, es un óptimo bien en los santos de Dios, debe ser guardada con toda diligencia para que no la corrompa la soberbia”¹⁸³.

Y refiriéndose al amor, que debe identificar la vida virginal, vuelve a exhortar el santo a las vírgenes:

“Por tanto, ¡oh vírgenes de Dios!, haced esto, hacedlo y seguid al Cordero dondequiera que vaya. Pero antes venid y aprended de El que es manso y humilde de corazón, y después le seguiréis. Si amáis, venid humildemente al humilde y no os apartéis de El, no sea que caigáis”¹⁸⁴.

Ahora bien, de cara al punto que tramamos sobre la virginidad de la Iglesia, las vírgenes consagradas juegan un papel importantísimo al interno de esta Iglesia virgen; y es que las vírgenes son una anticipación, en el aquí y en el ahora, del goce futuro que se experimentará en la gloria.

Hay pues una dimensión escatológica¹⁸⁵ que caracteriza esta virginidad consagrada y es el anticipar la vida angelical en nuestro presente: «Añadidas estas virtudes a la virginidad, ostentáis una vida angelical ante los hombres y costumbres del cielo sobre la tierra»¹⁸⁶, y continúa añadiendo el autor:

“Empero, todos éstos son trabajos de preocupación humana, mientras que la integridad virginal y el abstenerse de todo contacto carnal por la religiosa continencia tiene algo de participación en la vida angélica; es la ascensión a la icorruptibilidad perpetua en la carne corruptible. Ceda el paso a esta virginidad toda fecundidad de la carne, toda pureza conyugal; la fecundidad no está en nuestra mano, la pureza conyugal no subsistirá en la eternidad; la fecundada carnal no tiene libre albedrío; la pureza conyugal no tiene cielo”¹⁸⁷.

¹⁸³ Cf. *Virg.*, 33; CSEL 41,273.

¹⁸⁴ Cf. *Virg.*, 53; CSEL 41,299.

¹⁸⁵ Cf. D. Hunter, «Virginitate, De sancta», 870: «For Augustine Christian virginity derives its significance from its participation in an eschatological reality».

¹⁸⁶ Cf. *Virg.*, 54; CSEL 41,300.

¹⁸⁷ Cf. *Virg.*, 12; CSEL 41,245.

Esta opción por la virgindad es entendida, de este modo por nuestro autor, como *una anticipación del mundo definitivo*, que ya desde ahora actúa y transforma al hombre en su totalidad. Las vírgenes, que han dedicado su vida a Cristo, viven necesariamente con el deseo de encontrarlo para estar finalmente y para siempre con Él.

Es así como las vírgenes, solas o asociadas, anticipan la gloria de la santidad definitiva, hacia la cual la Iglesia, toda ella virgen, se encamina; las vírgenes son la imagen escatológica de la Iglesia celeste.

La Iglesia no es la mente del hiponense una *virgo gloriosa*¹⁸⁸, sino que es una virgen que peregrina hacia la santidad definitiva pues sólo en la eternidad será *virgo gloriosa*:

*“Como dice la Escritura, Dios reinará con sus santos en la tierra, y tendrá aquí una Iglesia de la que no formará parte malo alguno, aislada y purificada de todo contagio de maldad [...] La Iglesia aparecerá aquí, ante todo, envuelta en gran esplendor, honor y justicia. No será posible allí el engaño, la mentira ni el que un lobo se oculte bajo la piel de oveja [...] Allí no estarán los malvados; ya habrán sido separados. Entonces, como en una era, aparecerá el muelo limpio, que es la muchedumbre de los santos, y será llevado al granero celeste de la inmortalidad”*¹⁸⁹.

Las vírgenes, en su integridad física y espiritual, dedicadas a la alabanza y glorificación de Cristo su esposo¹⁹⁰ anticipan lo que será la vida en el cielo, la permanente alabanza a Dios:

“En este mundo, todas las cosas producen hastío; sólo la salud está excluida de ello. Si la salud no causa tedio ¿va a causarlo la inmortalidad? ¿Cuál será entonces nuestra ocupación? Decir: Amén Aleluya [...] Como tu pulso no se cansa mientras estás sano, tampoco tu lengua y tu corazón se cansarán de alabar a Dios cuando goces de la

¹⁸⁸ Cf. L. Vicario, «Note sul De Sancta Virginitate», 224.

¹⁸⁹ Cf. *Serm.*, 259,2; PL 38,1198.

¹⁹⁰ Cf. *Virg.*, 27; CSEL 41,264: «Laudate dominum dulcius, quem cogitatis uberius; sperate felicius, cui seruitis instantius; amate ardentius, cui placetis adtentius»: «Alabad al Señor más dulcemente, porque le pensáis más densamente; esperadle con más gozo, porque le servís con más empeño; amadle con más ardor, porque le agradáis más intensamente».

inmortalidad. Escuchad un testimonio sobre vuestra actividad. ¿Cuál será? Esa actividad será un ocio. Actividad ociosa: ¿en qué consistirá? En alabar al Señor. Escucha la sentencia: Dichosos los que habitan en tu casa. Es el salmo quien lo dice: Dichosos son los que habitan en tu casa."¹⁹¹

Por último las vírgenes consagradas en esta vida, al interno de la Iglesia, son una invitación para los demás y para la misma comunidad eclesial a no perder de vista la suprema vocación, que es la de estar siempre con Cristo.

Las vírgenes enfatizan a todos los fieles el deber de custodiar la virginidad de sus corazones, la integridad de esa fe que un día recibieron de la Iglesia virgen, para que puedan vivir una fe, caridad y esperanza totalmente íntegras; el fragmento de un sermón agustiniano recoge el sentido de esta realidad:

*"Antes bien, custodiad vuestros oídos y la virginidad de vuestra mente, como desposados por el amigo del esposo a un solo varón para mostrarnos a Cristo como virgen casta. Vuestra virginidad, pues, está en la mente. La virginidad corporal la poseen pocos en la Iglesia; la virginidad de la mente debe hallarse en todos los fieles"*¹⁹².

Resuemindo ya todo este punto, diríamos que para S. Agustín, la virginidad de la Iglesia consiste en la integridad de la fe que la Iglesia posee; pero dicha virginidad debe concebirse en concordancia, o dependencia, con la virginidad de los fieles. No existe una virginidad de la Iglesia en forma abstracta.

Todos los fieles, miembros de la Iglesia, son vírgenes según el alma, o el corazón (*virginitas cordis*), al vivir una fe, esperanza y caridad íntegras; aunque también dentro de la Iglesia existan miembros que vivan la integridad del corazón y también del cuerpo (sanctimoniales), que anticipan el estado escatológico de la Iglesia gloriosa.

Esta Iglesia pertenece en su totalidad a su esposo, quien es el que la sustenta y la mantiene para Él en su profesión de ser Iglesia virginal; y aunque peregrina aun por esta tierra, la Iglesia virgen ansía ardientemente la llegada definitiva de su esposo para alcanzar la posesión de la plenitud.

S. Agustín dibuja, de esta manera, la virginidad de la Iglesia y la virginidad de los fieles desde la figura de María, en el sentido que es la fe el paradigma

¹⁹¹ Cf. *Serm. frg. Verbr.*, 25; RB 84(1974), 262.

¹⁹² Cf. *Serm.*, 341,5; PL 39,1496.

conductor que unifica tales virginidades. María concibe por la fe; la fe de la Madre-Virgen hace que el verbo se encarne en su seno, de igual manera la Iglesia por la integridad de la fe encarna en su seno a Cristo, y los fieles por medio de la *virginitas mentis* encarnan a Cristo en sus corazones.

Abreviaciones de las obras agustinianas

<i>Agon.</i>	<i>De agone christiano</i>
<i>B. Conig.</i>	<i>De bono coniugali</i>
<i>C. Faust.</i>	<i>Contra Faustum</i>
<i>C. Iul.</i>	<i>Contra Iulianum</i>
<i>C. Iul. imp.</i>	<i>Contra Iulianum opus imperfectum</i>
<i>Cons. eu.</i>	<i>De consensu euangelistarum</i>
<i>Doc. Chr.</i>	<i>De doctrina christiana</i>
<i>Ench.</i>	<i>Enchiridion</i>
<i>En. Ps.</i>	<i>Enarrationes in Psalmos</i>
<i>Ep.</i>	<i>Epistulae</i>
<i>F. Inuis.</i>	<i>De fide rerum inuisibilium</i>
<i>Haer.</i>	<i>De haeresibus ad Quoduultdeum</i>
<i>Io. Eu. Tr.</i>	<i>In Iohannis euangelium tractatus</i>
<i>Nupt. et Conc.</i>	<i>De nuptiis et concupiscentia</i>
<i>Op. mon.</i>	<i>De opere monachorum</i>
<i>Qu. Trin. Gen.</i>	<i>Quaestiones de Trinitate et de Genesi</i>
<i>Serm.</i>	<i>Sermones</i>
<i>Serm. frg. Verbr.</i>	<i>Sermonum fragmenta a P.-P. Verbraken edita</i>
<i>Trin.</i>	<i>De Trinitate</i>
<i>Virg.</i>	<i>De sancta uirginitate</i>

Bibliografía

Agterberg, M., «L'Ecclesia-Virgo et la virginitas mentis des fidèles dans la pensée de Saint Augustin», *Aug(L)* 11 (1959) 221-232.

_____, «L'Ecclesia virgo et les Santimoniales d'après saint Augustin», *Aug(L)* 10(1960) 5-35.

_____, «Saint Augustin exégète de l'Ecclesia virgo», *Aug(L)* 8 (1958) 237-266.

Bourassa, F., «Excellence de la virginité», *ScEc* 5 (1953) 29-41.

Capanaga, V., «Síntesis de la teología josefina según San Agustín», *Augustinus* 23 (1978) 147-152.

Clark, E., «Augustine and the debate on marriage», *RechAug* 21 (1986) 139-162.

Craghan, J., *Mary: The virginal wife and the married virgin. The problematic of Mary's Vow of Virginité*, Rome 1967.

Daley, B., «Incarnation», in Fitzgerald, A., ed., *Augustine through the Ages*, Michigan 1999, 445-447.

Del Estal, J.M., «El voto de virginidad en la primitiva iglesia de África», *CDios* 175 (1962) 593-623.

De Roover, E., «Augustin d'Hippone et l'interprétation de Luc.1,35», *APraem* 45 (1969) 149-169.

Di Stefano, A. E., *Il manicheismo in S. Agostino*, Padova 1960.

Donnelly, P., «The perpetual virginity of the mother of God», in Carol, J., ed., *Mariology*, 2, Milwaukee 1955, 228-299

Doyle, D., «Mary, mother of God», in Fitzgerald, A., ed., *Augustine through the Ages*, Michigan 1999, 542-545.

Folgado Flórez, S., «La virginidad fecunda como presupuesto mariológico en San Agustín», *ScrMa* 4 (1981) 23-47.

Friedrich, P., *Die Mariologie des hl. Augustinus*, Köln 1907.

Galot, J., «Vierge entre les vierges» *NRTh* 5 (1957) 463-477.

García Álvarez, J., «Las dimensiones de la virginidad según San Agustín», *Burg.* 37 (1996) 209-226.

Gherardini, B., *Dignitas Terrae, note di mariologia agostiniana*, Casale Monferrato 1992.

Henry, A.-M., «Virgité de l'Église, Virginité de Marie», *EtMar* 11 (1953) 29-49.

Hofmann, F., «Augustinus», in Bäumer, R., ed., *Marienlexikon*, 1, Verlag 1993, 294-298.

Hunter, D., «Virginitate, De sancta», in Fitzgerald, A., ed., *Augustine through the Ages*, Michigan 1999, 870-871.

Madec, G. *Le Christ de Saint Augustin*, Paris 2001.

Palmero Ramos, R., "*Ecclesia Mater*" en San Agustín, Madrid 1970.

Peretto, E., «Mariologia Patristica», in Quacquarelli, A., *Complementi Interdisciplinari di Patrologia*, Roma 1989, 670-756.

Protin, S., «La Mariologie de Saint Augustin», *RAug* 1 (1902) 375-396.

Spidlík, T., «Spirito Santo e Maria in Oriente», in *Maria e lo Spirito Santo. Atti del 4° Simposio Mariologico Internazionale*, Bologna 1984, 104-132.

Sorsoli, C., «Vergine e Madre. La Madonna nel pensiero di S. Agostino», *RVS* 4-6 (1974) 410-430.

Vicario, L., «Note sul De Sancta Virginitate di Aurelio Agostino», *Nicolaus* 5 (1977) 219-226.